BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

INSTITUTO DE CIENCIAS DE GOBIERNO Y DESARROLLO ESTRATÉGICO

EFECTOS DE LAS INSTITUCIONES, FORMALES E INFORMALES, EN LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL PRESIDENCIAL EN LAS ZONAS GEOGRÁFICAS DE MÉXICO: 2000-2019.

Tesis para obtener el grado de Maestría en Opinión Pública y Marketing Político

Presenta: Edwin Garcilazo Arriaga

Director de tesis: Dr. Carlos Ahuactzin Martínez

Codirectora de tesis: Dra. Martha Miranda Muñoz

Noviembre, 2023

INTRODUCCIÓN 5
CAPÍTULO I. ANTECEDENTES Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA 9
1.1 Antecedentes 9
1.2 Preguntas de investigación 18
1.2.1 Pregunta general 18
1.2.2 Preguntas particulares 18
1.3 Objetivos 19
1.3.1 Objetivo general 19
1.3.2 Objetivos particulares 19
1.4 Hipótesis 19
1.4.1 Primera hipótesis 19
1.4.2 Segunda hipótesis 20
CAPÍTULO II. MARCO TEÓRICO 22
2.1 Institucionalismo 22
2.1.1 Nuevo institucionalismo 23
2.1.2 Instituciones y teorías del comportamiento 25
2.1.3 Instituciones informales y formales 28
2.2 Capital social 30
2.3 Participación electoral individual 40
2.3.1 Modelo de recursos 41
2.3.2 Modelo de movilización 42
2.3.3 Modelo de socialización 43
2.3.4 Modelo de la elección racional 43
2.3.5 Modelo psicológico 44
2.3.6 Modelo institucional 45
2.3.7 Enfoques de los modelos de participación electoral 45

CAPÍTULO III. MARCO DE REFERENCIA 50
3. 1 Modelos institucionales y teorías del comportamiento 50
3.3 Determinantes del voto 53
3.4 Sistema político y elecciones presidenciales en México 55
CAPÍTULO IV. METODOLOGÍA 60
4.1 Diseño metodológico..... 60
4.2 Datos 60
4.3 Variables 63
4.3.1 Variable dependiente 64
4.3.2 Instituciones informales 64
4.3.3 Instituciones formales 67
4.3.4 Variables de control 68
4.4 Métodos de estimación 68
4.4.1 Exploración de los datos en función del voto, regiones y años electorales 68
4.4.2 Modelo logit general del voto presidencial 69
CAPÍTULO V. RESULTADOS 73
5.1 Modelo logit multinivel con efectos mixtos del voto presidencial 73
5.2 Modelo nulo logit simple y con efectos mixtos del voto presidencial . 74
5.3 Modelos logit anidados con efectos mixtos del voto presidencial..... 77
5.4 Resultados de los modelos relacionados a las regiones 85
5.5 Resultados de los modelos relacionados a los años electorales..... 87
5.5.1 Instituciones informales 89
5.5.2 Instituciones formales 91
5.5.3 Variables de control 93
CAPÍTULO VI. CONCLUSIONES 95

6.1 Principales hallazgos *95*
6.2 Limitaciones y sugerencias para investigaciones futuras *100*
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 102
ANEXO 117

Introducción

El voto, como expresión fundamental del ejercicio democrático, desempeña un papel insustituible en la conformación y el funcionamiento de los sistemas políticos. Su importancia se cifra en la capacidad de permitir a los ciudadanos influir activamente en la toma de decisiones gubernamentales, así como en la selección de representantes y líderes políticos. El análisis de este fenómeno no solo se erige como una inquietud académica, sino que también se convierte en una herramienta invaluable para evaluar la salud y la eficacia de las estructuras democráticas. El estudio del voto implica la exploración de las motivaciones y los factores que influyen en la elección de candidatos y partidos, así como la comprensión de su relación con la percepción ciudadana sobre el sistema político y sus instituciones.

Bajo una perspectiva meta analítica, este trabajo incorpora los principales elementos determinantes del voto, centrándose en dos pilares fundamentales: el Institucionalismo y la Opinión Pública. El Institucionalismo se comprende como el conjunto de estructuras contextuales que orientan las acciones y decisiones de las personas. Por otro lado, la Opinión Pública se entiende como el nexo entre las generalidades y las particularidades en el ámbito político, desempeñando un papel crucial en la mediación de las preferencias individuales. Cabe mencionar que aquí la Opinión Pública ha sido considerada como objeto de investigación desde una perspectiva metodológica, es decir, el uso de métodos cuantitativos o cualitativos para recolectar y analizar datos sobre las creencias y percepciones de la población en distintos contextos.

Las instituciones informales son conceptuadas en términos del capital social, que se desglosa en dos dimensiones: el capital social cultural o cognitivo y el estructural. Además, se incorpora el componente de cultura política. Paralelamente, las

instituciones formales se definen a través de las disposiciones normativas que guardan una relación directa o indirecta con la participación electoral.

Este trabajo plantea la interrogante fundamental de cuál es el efecto de las instituciones informales y formales en la participación electoral en México, enfocándose en las elecciones presidenciales de los años 2000, 2006, 2012 y 2018, y considerando diversas regiones del país. Para abordar esta cuestión, se aplicarán dos criterios de variación: uno geográfico y otro temporal, teniendo en cuenta las últimas cuatro jornadas electorales presidenciales. Un interés particular es aplicar un modelo del voto resuelto mediante regresiones logísticas multinivel con efectos mixtos, aprovechando las ventajas que ofrece para modelar los efectos de estructuras que emergen de la realidad empírica y analizar sus impactos de manera diferenciada.

Se toma como base los datos provenientes de ocho encuestas de Proyecto de Opinión Pública de América Latina (LAPOP, por sus siglas en inglés) realizadas en los años 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019, agrupadas para las últimas cuatro elecciones presidenciales en México. Además, se complementan estos datos con fuentes oficiales que proporcionan información electoral a nivel de sección, municipio y estado a través del Instituto Nacional Electoral (INE) además de otras fuentes de contexto. Se evalúan las capacidades y alcance de las bases de datos de LAPOP para proporcionar explicaciones significativas tanto en términos geográficos, mediante la utilización de sus Unidades Primarias de Muestreo (UPM), como en relación con la dimensión temporal en cada ciclo de elecciones presidenciales, aplicando un modelo logístico multinivel con efectos mixtos.

La estructura de este trabajo se presenta de la siguiente manera: en el Capítulo I, se exponen los antecedentes y se delimita el problema de investigación, haciendo énfasis en la relevancia del tema y proporcionando una introducción a las teorías que

orientan esta investigación. Se presentan de igual forma las preguntas generales, las preguntas particulares, los objetivos y las hipótesis que guían el trabajo.

En el Capítulo II se presenta el marco teórico, donde se explican las perspectivas teóricas que sustentan esta investigación, comenzando con el Institucionalismo y las teorías del comportamiento pertinentes. Se explora la distinción entre instituciones informales y formales, y se aborda la teoría del capital social junto con los seis principales modelos de participación electoral individual.

El Capítulo III, por su parte, establece un marco de referencia donde se revisan los modelos institucionales y las teorías del comportamiento que han sido empleados en otros contextos. Desde una perspectiva meta analítica, se analizan los principales determinantes del voto presidencial. Además, se realiza un análisis del sistema político mexicano y de las últimas cuatro elecciones presidenciales en el país.

El Capítulo IV se enfoca en la metodología utilizada para llevar a cabo esta investigación. Se presenta la estructura general de los datos y se explica el significado de las variables empleadas. Asimismo, se detallan los seis modelos anidados de participación que fueron resueltos mediante regresiones logísticas multinivel con efectos mixtos, es decir, que se integran tanto efectos fijos como variables simultáneamente, para dimensionar el impacto de los factores de variación geográficos y temporales.

El Capítulo V se destina a la interpretación y discusión de los resultados obtenidos. En esta sección, se analizan los resultados de cada uno de los modelos, contextualizando su significado y su contribución a la respuesta de las preguntas de investigación planteadas.

Finalmente, el Capítulo VI es dedicado a las conclusiones, donde se discuten los resultados a la luz de la literatura revisada y se señalan las limitaciones que fueron

asumidas durante la investigación. Se esboza, además, una agenda de investigación que permita expandir algunos de los hallazgos encontrados en este trabajo.

Capítulo I. Antecedentes y planteamiento del problema

1.1 Antecedentes

La participación electoral es un tema perenne en ciencia política que actualmente ha cobrado popularidad por los cambios políticos globales y los ambientes más competitivos que han nacido y, como muchas otras formas de participación política, ésta es de vital importancia en términos normativos y analíticos (Fornos et al., 2004). La participación electoral es percibida como fundamental para el funcionamiento de una democracia representativa, lo que ha llevado a la comunidad científica a preguntarse por qué las personas votan originando un gran número de modelos y explicaciones (Smets y van Ham, 2013).

Sin embargo, a pesar del creciente número de trabajos que han analizado la participación electoral a nivel individual, la literatura no ha convergido en un modelo central (Geys, 2006) dando a entender dos cosas, la primera que la falta de consenso es signo de buena salud dentro de la comunidad científica y, segundo, que los mecanismo causales del voto dependen de diferentes votantes y de diferentes contextos (Smets y van Ham, 2013).

Basándonos en trabajos de metaanálisis destacados sobre la participación electoral, como los de Benny Geys (2006), Kaat Smets y Carolien van Ham (2013), João Cancela y Benny Geys (2016), y Daniel Stockemer (2016) es posible categorizar los factores más relevantes en la literatura en seis modelos típicos: el modelo de recursos, el modelo de movilización, el modelo de socialización, el modelo de elección racional, el modelo psicológico, y el modelo institucional. Esta clasificación proporciona una guía general, sin imponer limitaciones, en el vasto cuerpo de literatura, con el propósito de ayudar a comprender de manera general la relevancia estadística y la consistencia hipotética en diversos contextos.

Aunque se discutirán con mayor detalle estos modelos, es relevante destacar sus características esenciales. En primer lugar, el modelo de recursos fundamenta sus postulados en las teorías de elección racional, explicando la toma de decisiones electorales a partir de los recursos disponibles para la persona, tales como tiempo, dinero y habilidades cognitivas. En segundo lugar, el modelo de movilización parte de la premisa de que las personas son movilizadas por partidos, candidatos, grupos de interés y movimientos sociales para ejercer su voto, abarcando desde la participación en reuniones hasta las afiliaciones políticas formales. En tercer lugar, el modelo de socialización sostiene que las orientaciones políticas se configuran en las etapas tempranas de la socialización, principalmente en el entorno familiar y escolar, para luego manifestarse en actitudes políticas e ideológicas. En cuarto lugar, el modelo de elección racional se basa en la noción de un individuo marcadamente racional, con recursos cognitivos y de cómputo ilimitados, capaz de evaluar los costos y beneficios de su decisión de votar. En quinto lugar, el modelo psicológico aborda los determinantes psicológicos del voto, desde aspectos de personalidad hasta la confianza. Finalmente, en sexto lugar, el modelo institucional parte del supuesto de que la participación política es un subproducto del sistema político y, bajo un enfoque estructural, explica cómo los marcos normativos influyen en los procesos políticos y los resultados que estos generan. Cabe destacar que estos modelos no constituyen compartimentos teóricos estrictamente definidos ni secuenciadas, sino que mantienen relaciones entre sí, y algunos han surgido a partir de la crítica y reflexión de los modelos previos.

En los trabajos de metaanálisis mencionados sobre la participación electoral (Geys, 2006; Smets y van Ham, 2013; Cancela y Geys, 2016; Stockemer, 2016), incluyendo el presente trabajo, la variable dependiente es la participación electoral

individual[1]. El voto, visto desde esta perspectiva, tiene una doble dimensión: una individual y otra colectiva. La dimensión individual refleja el estado inicial de la persona antes de involucrarse en un proceso colectivo, considerando sus preferencias fundamentales y creencias, por otro lado, la dimensión colectiva consiste en una agregación de las dimensiones individuales, pero al mismo tiempo implica una interacción que modifica y distorsiona las dimensiones originales (Elster, 2010). En este sentido, el acto de votar, como elección, aborda un problema de acción colectiva y, al mismo tiempo, representa una solución democrática, ya que la democracia se considera un bien público (Birch, 2018).

Dentro de muchos otros, existen dos conceptos que permiten aproximarse a la interacción entre dimensiones individuales y colectivas, es decir, entre la persona y su contexto: la Opinión Pública y el Institucionalismo. El primero porque reconoce la relación triangular entre el escenario o entorno, las imágenes mentales de la persona respecto al escenario y sus acciones en un escenario de acción (Lippmann, 2003) además de que permite el uso de métodos cuantitativos para recolectar y analizar datos sobre las creencias y percepciones de la población y, el segundo, el institucionalismo, porque constituye una guía para la investigación sobre cuáles características más o menos estables de los escenarios de acción colectiva son esenciales para comprender el comportamiento y los resultados de elección colectiva (Diermeier y Krehbiel, 2003, p. 124).

Entendida así, la Opinión Pública constituye una fuerza social que media entre la generalidad de las normas y la particularidad de hábitos y costumbres (Dewey, 2004) y las instituciones se pueden entender como las estructuras o restricciones contextuales que guían la acción, que proscriben y prescriben la conducta individual (Douglas, 1996;

[1] Se reconoce la discusión teórica y empírica en torno a la forma en que esta variable se mide y los sesgos que puede presentar. Esta discusión será retomada más adelante.

Diermeier y Krehbiel, 2003; Dewey, 2004; North, 2006; Lowndes y Roberts, 2013) dando forma a los valores, normas, intereses y creencias compartidas (March y Olsen, 1989).

Al incluir a las costumbres y la cultura en una definición de institución se corre el riesgo de diluirse demasiado (Rothstein, 1996). Sin embargo el ensanchamiento del cuerpo teórico del institucionalismo ha evolucionado a partir de algunos refinamientos importantes, el principal es que el concepto surgió como una reacción a la economía neoclásica, misma que ignoraba el efecto de las estructuras políticas y sociales para explicar el comportamiento, así, en esta trayectoria teórica, el institucionalismo se dividió en tres fases (Lowndes y Roberts, 2013) o, de forma equivalente, en dos etapas (March y Olsen, 1984, 1989; Sanders, 2006; Peters, 2019). De acuerdo con diversos autores la primera fase y etapa coinciden en lo que se puede llamar "viejo institucionalismo" que surge de la reevaluación de las teorías de elección racional y conductistas, argumentando que las estructuras políticas y sociales inciden en el comportamiento y en los resultados que genera, abriendo el análisis e interpretación de estas estructuras. La segunda y tercera fase y la segunda etapa coinciden en lo que se denomina "nuevo institucionalismo" que reenfoca la fuente de estas estructuras y los límites cognitivos de la persona. En el nuevo institucionalismo, el papel de las instituciones no se limita a la conexión entre preferencias y opciones, sino que también desempeña un papel en la definición de las preferencias entendidas como un conjunto de significados compartidos (Sigel et al., 1980). Se abre un enfoque bipolar del comportamiento social, uno que es transaccional, basado en la maximización de la utilidad individual -propio del viejo institucionalismo- y, otro, que es cognitivo, que incorpora la exigencia individual de orden, coherencia y control sobre la incertidumbre -propio del nuevo institucionalismo- (Douglas, 1996).

Para el nuevo institucionalismo la cognición tiene una base social, es decir, pensar es un acto social, dado que es la sociedad la que le da al individuo las

clasificaciones y orientaciones o, dicho de otra forma, sus significaciones (Douglas, 1996; Geertz, 2003). Existe un universo simbólico común y las clasificaciones de la naturaleza reflejan los conceptos de autoridad y coordinación, es decir, las personas llevan el orden social dentro de sus cabezas (Douglas, 1996, p. 33).

El viejo y nuevo institucionalismo comparten la preocupación por las estructuras sociales que se inscriben como un valor cultural, siendo que el nuevo incluye tanto a estructuras formales como informales, que encarnan valores y creencias y, además, reivindica la agencia humana en la determinación y evolución de estas prescripciones (Lowndes y Roberts, 2013).

De acuerdo con Clifford Geertz (2003) la cultura se define como el tejido de significados a través del cual las personas interpretan sus vivencias y guían sus comportamientos, y la estructura social representa la configuración que adquieren dichas acciones (p.133). El estudio de la Opinión Pública y las instituciones encuentran su raíz en la cultura, las estructuras que generan y las orientaciones cognitivas de la persona hacia éstas. Desde este enfoque -cultural o sociológico- se propone la siguiente definición de instituciones que guiará el presente trabajo: prescripciones ideadas por el hombre para orientar el comportamiento de las personas, a través de medios informales y formales, que dan forma a los valores, normas, intereses y creencias (March y Olsen, 1984, 1989; Douglas, 1996; Rothstein, 1996; Ostrom, 1998; Diermeier y Krehbiel, 2003; North, 2006; Ahn y Ostrom, 2008; Lowndes y Roberts, 2013).

¿Cómo reconocer una institución? Para responder esta pregunta es pertinente simplificar la definición primero. Las instituciones permiten vincular preferencias y opciones y desempeñan un papel importante en las decisiones políticas (Sigel et al., 1980) y, en su mínima expresión, una institución es una convención (Douglas, 1996, p. 74). Una convención corresponde a las reglas de comportamiento que se acuerdan tácitamente y que las personas siguen directa o indirectamente (Rothstein, 1996). Estas

convenciones pueden ser informales o formales, siendo que a las primeras se les consideran como “prácticas” y son distintas a los hábitos personales o reglas subjetivas (Lowndes y Roberts, 2013). Esta visión cotidiana y mundana considera a estas “prácticas” como “rutinas” entendidas por una sociedad[2] que generan un comportamiento “adecuado” (Peters, 2019).

Si bien las instituciones por sí mismas no producen un comportamiento, sí afectan la estructura de acción y lo hacen a través de tres modos de restricción: reglas, prácticas y narrativas[3] (Lowndes y Roberts, 2013, p. 50). Como se ha mencionado, las prácticas o rutinas corresponden a las instituciones informales, mientras que las reglas corresponde a las instituciones formales (Ostrom, 1998; North, 2006; Lowndes y Roberts, 2013; Peters, 2019).

Hasta este punto se ha ofrecido una definición de instituciones que supera la visión organizacional que las considera solo como estructuras o aparatos administrativos. Se ha apuntado a una definición que las considera más que simples reglas, que lleva a tener una concepción idealizada de una regla que implica claridad de significado, interpretación y legitimidad (Lowndes y Roberts, 2013). Existen características generales de las instituciones, la primera, que son una característica estructural de la sociedad y, por lo tanto, trascienden al individuo, la segunda, tiene una cierta estabilidad en el tiempo y, la tercera, afecta el comportamiento individual (Peters, 2019).

El presente trabajo se propone revisar qué elementos institucionales, formales e informales, llevan a los mexicanos a votar en elecciones presidenciales y qué

[2] De acuerdo con Mary Douglas (1996), una sociedad es un grupo de personas que comparten algún tipo de pensamiento o sentimiento, es decir, que comparten significados.

[3] De acuerdo con Viven Lowndes y Mark Roberts (2013) las narrativas son una forma de institución evaluada desde una perspectiva etnográfica, es decir, de los significados compartidos a partir de historias, expresiones o ideas. Esta perspectiva será tomada como una institución informal a lo largo del presente trabajo.

diferencias se pueden reconocer a lo largo de las últimas cuatro elecciones, en distintas regiones del país. Para establecer los límites teóricos del mismo, se considera el voto como un dilema relacionado con la acción colectiva que, más allá de las características individuales, existen características contextuales fundamentales que permiten o impiden la acción individual a través de estructuras de incentivos específicas (Bühlmann y Freitag, 2006).

Las instituciones informales constituyen una forma de conocimiento tácito que determina un conjunto de orientaciones cognitivas y proposiciones que se pueden entender como capital social (Stiglitz, 2000). En este sentido, el acercamiento metodológico para medir a las instituciones informales se ha hecho a través del capital social y la cultura política. Por otro lado, se han considerado a las instituciones formales relacionadas directa o indirectamente al proceso electoral.

Para determinar un cambio en el arreglo institucional formal e informal se propone un modelo de sección transversal resuelto por efectos mixtos, con datos obtenidos de distintas fuentes, por un lado, datos de ocho encuestas de LAPOP agrupadas por elección presidencial y, por el otro, datos electorales del Instituto Nacional Electoral (INE). Para enriquecer el análisis se propone un micro fundamento geográfico y temporal para encontrar si existen diferencias significativas para cada región y año electoral en el arreglo institucional que se propone.

Para construir el modelo de participación aquí propuesto se tomó una perspectiva meta analítica para enfrentar el problema de variables omitidas y condensar los elementos más importantes en la determinación del voto y contrastarlos con la perspectiva institucional que aquí se aborda. El objetivo del presente no es contrastar directamente con otros modelos, sino aprovechar los frutos de la combinación de elementos para obtener un modelo robusto y real. Existe evidencia de que, en América

Latina, los modelos combinados de participación han funcionado bien en la predicción de la participación presidencial (Fornos et al., 2004).

En México el voto se ha estudiado ampliamente desde distintas perspectivas y con mayor énfasis democrático desde las elecciones del 2000, que marcaron un hito en la vida democrática en México. La evolución del capital social y la cultura política, asociadas con la participación, se ha rastreado para evaluar si el cambio de régimen supuso un cambio en estos elementos, sin embargo, a escasos años de la transición democrática aún existían vestigios de un bajo capital social y una cultura política poco democrática, considerando a la democracia como un bien abstracto o difuso (Buendía y Somuano, 2003; Somuano, 2007) pero que mostraba una tendencia positiva, sobre todo en el apoyo al mismo y en la participación formal (Parás, 2007) aunque existe una clara diferencia entre los factores que determinan la participación electoral y no electoral en México (Somuano, 2013). En términos generales, en México, las personas que pertenecen a grupos y se vinculan con otros, es decir, poseen mayor capital social, tienen más propensión a votar, con rasgos inequitativos en términos económicos y educativos (Klesner, 2009).

Otros trabajos importantes han caracterizado al votante mexicano, resaltando las fuentes de información, las predisposiciones, los prejuicios, los símbolos y las ideas que influyen en la decisión del voto condensándose en un modelo individual que resalta: la edad, la escolaridad, la socialización, la exposición a noticias y el partidismo (Moreno, 2015). También se ha trazado la transformación electoral en México, con un enfoque antropológico, para determinar las configuraciones partidistas y geográficas en los últimos años (Sonnleitner, 2018).

Aún existe una oportunidad para conocer el comportamiento electoral en las nuevas democracias como en el caso de México, (Moreno, 2015; Sonnleitner, 2018) y

aún entre países similares existe una varianza considerable y también al interior del país, lo que refleja la volatilidad y dispersión geográfica (Sonnleitner, 2018, p. 46).

En relación con la dispersión geográfica del voto en México, se encuentra una extensa literatura que aborda esta temática, especialmente a partir de la década de los ochenta, debido a la reconfiguración gradual del sistema de partidos (Klesner, 1995; Domínguez y McCann, 1996; Magaloni, 2006; Baker, 2009). La regionalización busca ofrecer una respuesta a una interrogante genérica: ¿por qué dos individuos con características equivalentes, ubicados dentro de un mismo país, presentan probabilidades diferentes en cuanto a la elección de su voto? En este contexto, la región se erige como una fuerza de gran relevancia que explica las disparidades en el ámbito político mexicano, no simplemente como un elemento de incidencia, sino como la causa fundamental de tales diferencias (Baker, 2009).

Conforme a la perspectiva de Andy Baker (2009), se identifican seis razones fundamentales para la regionalización del voto en México: (1) la disparidad regional en los niveles de vida y desarrollo económico, (2) los clivajes conservador y religioso, (3) la división entre áreas urbanas y rurales, (4) el proceso democratizador en México, que involucra a aquellos que buscan desafiar al líder y a aquellos que buscan preservar el régimen, (5) una suerte de aversión al riesgo en la gobernabilidad, donde se observa una mayor probabilidad de voto en territorios que han experimentado gobiernos locales no priístas, como es el caso de los estados del norte. Además, según su planteamiento, se agrega una razón adicional (6), la cual sostiene que las personas emiten su voto de acuerdo con la opinión predominante en su entorno inmediato, lo que propaga el fenómeno de la regionalización.

El objetivo de este trabajo es, desde una perspectiva teórica, proporcionar un enfoque neo institucional para analizar el voto en México en las últimas cuatro elecciones presidenciales, considerando tanto la cultura política como el capital social,

entendidos como instituciones informales además de los aspectos institucionales formales, en distintas regiones geográficas del país[4], para responder de forma general: ¿cuál es el efecto que tienen en la determinación del voto presidencial?

En términos metodológicos, el propósito es presentar una metodología que sirva como un enfoque para estudiar el voto en México. Este enfoque consiste en un modelo de sección transversal para distintos cortes, resuelto mediante una regresión logística multinivel con efectos mixtos, con el fin de evaluar la incidencia de cada región geográfica y año electoral en la determinación del voto presidencial.

1.2 Preguntas de investigación

1.2.1 Pregunta general

¿Cuál es el efecto de las instituciones informales y formales en la participación electoral presidencial en México, para las elecciones de 2000, 2006, 2012 y 2018, en las distintas regiones del país?

1.2.2 Preguntas particulares

¿Cuál es el alcance de la variación entre regiones en la propensión del voto presidencial en México? ¿Pueden las diferencias en la propensión a votar entre regiones asociarse a las diferencias en las instituciones informales y formales de estas regiones?

¿Cuál es el alcance de la variación entre años electorales en la propensión del voto presidencial en México? ¿Pueden las diferencias en la propensión a votar entre

[4] Las regiones que son consideradas corresponden a la estratificación primaria que realiza LAPOP en sus jornadas para México: norte, centro, centro-occidental y sur.

años electorales asociarse a las diferencias en las instituciones informales y formales de estas regiones?

1.3 Objetivos

1.3.1 Objetivo general

Analizar el efecto de las instituciones formales e informales en la participación electoral presidencial, en México, para las elecciones de 2000, 2006, 2012 y 2018 y comparar el efecto entre las regiones de México.

1.3.2 Objetivos particulares

Determinar si existe variación entre regiones en la propensión del voto presidencial en México.

Identificar si las diferencias en la propensión a votar entre regiones pueden explicarse por las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

Determinar si existe variación entre años electorales en la propensión del voto presidencial en México.

Identificar si las diferencias en la propensión a votar entre años electorales pueden explicarse por las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

1.4 Hipótesis

1.4.1 Primera hipótesis

Respecto a los objetivos particulares asociados a las regiones, se plantean las siguientes hipótesis:

H_1: Existen diferencias asociadas a las regiones en la propensión del voto presidencial en México.

H_0: No existen diferencias asociadas a las regiones en la propensión del voto presidencial en México.

A partir de la validación de la hipótesis anterior, se plantea la siguiente:

H_1: Las diferencias en la propensión a votar entre regiones están asociadas a las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

H_0: Las diferencias en la propensión a votar entre regiones no están asociadas a las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

1.4.2 Segunda hipótesis

Respecto a los objetivos particulares asociados a los años electorales, se plantean la siguiente hipótesis:

H_1: Existen diferencias asociadas a los años electorales en la propensión del voto presidencial en México.

H_0: No existen diferencias asociadas a los años electorales en la propensión del voto presidencial en México.

A partir de la validación de la hipótesis anterior, se plantea la siguiente:

H_1: Las diferencias en la propensión a votar entre años electorales están asociadas a las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

H_0: Las diferencias en la propensión a votar entre regiones no están asociadas a las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

Capítulo II. Marco teórico

2.1 Institucionalismo

La institucionalización se refiere al proceso mediante el cual los mecanismos sociales, las obligaciones o las realidades llegan a adquirir un estatus de norma en la mentalidad y la conducta social, manifestándose como convenciones o interpretaciones compartidas (Meyer y Rowan, 1977).

El institucionalismo se constituyó como una crítica a la economía neoclásica que ignoraba el efecto de las estructuras políticas y sociales, lo que promovió la creación de un enfoque interdisciplinario entre sociología, política, derecho y economía para abordar problemas sociales (Lowndes y Roberts, 2013, p. 22). La trayectoria histórica del institucionalismo se puede dividir en dos etapas. La primera, denominada viejo institucionalismo que surge de la reevaluación de las teorías de elección racional y conductistas (Rhodes, 2006; Lowndes y Roberts, 2013; Peters, 2019) y, la segunda, llamada nuevo institucionalismo caracterizada en las obras seminales de March y Olsen (1984, 1989)[5].

Los enfoques que se derivan de estas etapas son complementarios (Ostrom, 2000a) siendo la principal diferencia que la primera considera a las instituciones como fijas y exógenas en términos del comportamiento (Shepsle, 1979, 1989) mientras que

[5] De acuerdo con March y Olsen (1984), en el nuevo institucionalismo se pueden reconocer al menos seis concepciones teóricas: primero, el orden histórico, que hace énfasis en la eficiencia de los procesos históricos para tender a un equilibrio, el segundo, orden temporal, que hace énfasis en que las cosas están conectadas en virtud de su presencia o llegada simultánea y no precisamente en sus vínculos consecuentes, el tercero, orden endógeno, que enfatiza en la forma en que un entorno externo impone orden a las instituciones políticas, el cuarto, hace énfasis en que el comportamiento político se puede explicar en términos de deberes, obligaciones, roles y reglas, omitiendo normas individuales enfocándose en normas convencionales como la confianza y la legitimidad, por ejemplo. El quinto, orden demográfico, que enfatiza en que la vida individual es un producto de la estructura institucional, así, el comportamiento colectivo puede entenderse como un mosaico de vidas privadas coetáneas. El sexto, orden simbólico, que reconoce la fuerza ordenadora de símbolos, rituales y ceremonias en la vida política, de esta manera existe una ecología entre la conducta simbólica y la conducta instrumental.

la segunda las considera como internalizadas por la persona (Vergara, 1997; Ostrom, 1998; North, 2006). El nuevo institucionalismo reconsidera el papel de la agencia humana para apoyarse aún más en el individualismo metodológico con distintos alcances en la racionalidad (March y Olsen, 1989).

El nuevo institucionalismo se abrió paso con dos enfoques diametrales, el primero, el institucionalismo racional y, el segundo, conocido como institucionalismo histórico (March y Olsen, 1984, 1989; Bertranou, 1995; Vergara, 1997; Rhodes, 2006). Aunque existen debates respecto a las fronteras teóricas, ambos enfoques hacen énfasis en el sentido endógeno de las instituciones y sus efectos en el comportamiento. Existen otros enfoques intermedios de institucionalismo que combinan los dos enfoques previos, como el de Douglass North, enfocado en los costos de transacción y, el de Elinor Ostrom, enfocado al uso de bienes comunes (Bertranou, 1995). La diferencia entre estos enfoques está en la graduación de la racionalidad que supone cada uno y en la estructura de instituciones que internaliza al decidir individual y colectivamente.

2.1.1 Nuevo institucionalismo

El institucionalismo racional considera a las instituciones como un guion que nombra actores y asigna roles pero que, al agregarse las preferencias de las personas, toma la configuración de un juego (Shepsle, 2006), lo que implica prestar atención al individuo y la forma en la que asimila la información del entorno y la internaliza (Ahn y Ostrom, 2008; Ostrom, 2015). Este enfoque se concentra en escenarios específicos -*juegos*- y bajo una lógica de maximización individual (Sanders, 2006).

Para el institucionalismo racional las instituciones reflejan la voluntad de las personas para comprometerse mutuamente con patrones y procedimientos particulares maximizando sus resultados (Shepsle, 2006), logrando reducir la incertidumbre al enmarcar su interacción en una estructura estable (North, 2006).

Como ya se mencionó, el institucionalismo histórico guarda afinidades teóricas y metodológicas con el institucionalismo racional, pero con dos diferencias. La primera es que la racionalidad en este enfoque está inclinada a las ideas, más que a las preferencias individuales, entendiendo a las ideas como abstracciones que movilizan la acción y, la segunda, la temporalidad del efecto de las instituciones, así ,el institucionalismo histórico, está inclinado a evaluarlas en el largo plazo (Sanders, 2006).

Dado que la racionalidad es un punto de apoyo común en ambos enfoques, es preciso entender el enfoque de institucionalismo que se deriva al graduar y contextualizar la racionalidad. De acuerdo con Ostrom, la teoría de la elección racional se puede dividir en dos generaciones, la primera, se ocupa de predecir el comportamiento humano en escenarios estables, de juegos repetidos, donde las personas tienen información completa y una capacidad de cómputo perfecta (Ostrom, 2015). Sin embargo, Ostrom se pregunta si estos preceptos en realidad reflejan la verdadera condición humana y, entonces, propone escapar del determinismo que impuso la teoría de la elección racional -de primera generación- para pensar en otra que considere a personas que llevan consigo un mundo interno complejo, diverso, rico, contradictorio y complejo (Ostrom, 2015, p. 30). Así, la autora propone una teoría de la elección racional de segunda generación que no niegue la realidad humana.

James March y Johan Olsen, en su propuesta de institucionalismo, toman la teoría de Herbert Simon de los años 50 llamada “racionalidad limitada” para caracterizar a una persona que al decidir deja a un lado la alternativa óptima, para tratar de tomar decisiones aceptables -satisfactorias- dado que no se asume información completa, ni preferencias estables (1989). Así, la elección humana es un concepto amplio y complejo que no se puede explicar en una función de utilidad, ya que se incorpora la motivación y el desciframiento del medio (North, 2006).

La teoría de elección racional -de primera generación- que ofrece la economía clásica ha permitido estudiar y explicar algunos fenómenos sociales con éxito sin embargo, esta teoría no logra capturar la complejidad de algunas situaciones (Green y Shapiro, 1994). Entre ambas generaciones hay una diferencia sustancial en las consideraciones antropológicas que toman como base. Cada generación se puede formalizar en dos tipos de agentes, el primero, *homo economicus*, propio de la primera generación y de la economía clásica, que, como ciencia normativa se concentra en la asignación y optimización de recursos y, el segundo, *homo psychologicus*, propio de la segunda generación que incorpora elementos de psicología social y, en una lógica descriptiva, se cuestiona qué factores afectan el comportamiento real (Jager et al., 2000). Por ejemplo, Jon Elster (2010) identifica 18 transgresiones a los cánones de la teoría racional que obligan al investigador a alejarse de estos preceptos y apelar a recursos intrapsíquicos y extrapsíquicos (p. 283)

Dadas las debilidades cognitivas que no toma en cuenta la elección racional, este enfoque asume que las personas, al decidir, construyen modelos mentales, mismos que a su vez forman parte de una compleja familia de teorías propias (Ostrom, 1998, 2015; Ostrom et al., 2003; Ahn y Ostrom, 2008; Bendor et al., 2011). Estos sistemas cognitivos ofrecen modelos verdaderos, para cada persona, que le permiten descifrar su entorno, enfrentar la incertidumbre y crear un sentido sobre cómo debe ser el mundo (North, 2006).

2.1.2 Instituciones y teorías del comportamiento

Comúnmente el análisis institucional se desarrolla en el paradigma de elección racional, por la practicidad metodológica que ofrece (Diermeier y Krehbiel, 2003; Schlüter et al., 2017), sin embargo, esta dependencia entre ambas teorías no es

necesaria , sino que la dependencia estriba en que el análisis institucional no puede prescindir de un modelo de comportamiento consistente (Diermeier, 2015).

La evidencia empírica constata desviaciones del comportamiento óptimo (Elster, 2010; Bendor et al., 2011; Schlüter et al., 2017) y por tanto la necesidad plantear un refinamiento teórico sobre la teoría de elección racional. Actualmente se reconoce la importancia de incluir una comprensión avanzada de cómo piensan los humanos en realidad y de cómo el contexto da forma al pensamiento para plasmarlos en modelos explicativos (World Bank, 2015).

De acuerdo con Schlüter et al. (2017) existen seis teorías de comportamiento que enumera de acuerdo a la distancia que toman de la teoría de elección racional como punto de partida, estas son: elección racional, racionalidad limitada, aprendizaje repetido, conducta planificada, normas descriptivas y prescriptivas y, por último, teoría de la perspectiva. Estas diferencias se resumen en la Tabla 1.

Tabla 1

Comparativo de los supuestos de las teorías de comportamiento

Teoría	Supuestos
Elección racional	• Maximización de la utilidad • Información y conocimiento perfecto • Habilidades de cómputo infalibles
Racionalidad limitada	• Maximización hasta un nivel de satisfacción • Racionalidad limitada (Bendor et al., 2011)
Hábito o aprendizaje repetido	• Comportamiento a través de mecanismo de refuerzo
Conducta planificada	• El comportamiento se basa en creencias normativas • Aprobación y desaprobación social • Empleo del término "intenciones" como sustrato de creencias conductuales
Normas descriptivas y prescriptivas	• Las normas afectan la toma de decisiones • La observación de las normas puede ser consciente e inconsciente (Sok et al., 2021) • Existen hábitos culturales que se aprenden de otras personas y obtienen utilidad en la interacción con otros • Existen ciclos de retroalimentación (North, 2006).
Perspectiva	• Elecciones sesgadas por el contexto (Diermeier y Krehbiel, 2003; Diermeier, 2015; Herrmann et al., 2019) • Empleo de heurísticas (Ostrom, 2015)

Nota. Adaptada de "Overview of the key assumptions and application fields of the six theories selected for mapping onto the MoHuB framework" de Schlüter, M., Baeza, A., Dressler, G., Frank, K., Groeneveld, J., Jager, W., Janssen, M. A., McAllister, R. R. J., Müller, B., Orach, K., Schwarz, N., & Wijermans, N. (2017). A framework for mapping and comparing behavioral theories in models of social-ecological systems. Ecological Economics, 131, 21–35 (https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2016.08.008). Derechos reservados 2016 de Elsevier B.V.

El nexo fundamental entre las instituciones, consideradas como restricciones contextuales, y los resultados, entendidos como consecuencias de las decisiones colectivas, es el comportamiento. (Diermeier y Krehbiel, 2003, p. 126). Y es importante diferenciar los comportamientos regulares de las instituciones dado que no existen diferencias intrínsecas, ya que el mantenimiento de las mismas se basa en la acción colectiva (Diermeier y Krehbiel, 2003).

El objetivo del nuevo institucionalismo es guiar la investigación sobre cuáles de las muchas características de los escenarios de elección colectiva son esenciales para comprender el comportamiento y sus resultados (Diermeier y Krehbiel, 2003, p. 124).

2.1.3 Instituciones informales y formales

La idea de instituciones informales puede pensarse como un oxímoron, por la contradicción en el significado entre estructura que persiste en el tiempo y la espontaneidad que sugiere la informalidad (Peters, 2019, p. 203). Sin embargo, para el estudio de éstas es útil diferenciar su grado de codificación material y sustantiva, así como los mecanismos por los cuales se moldea el comportamiento.

El concepto de instituciones informales se ha desarrollado en diversas disciplinas como la economía, la antropología, la sociología y la política. Por un lado, las instituciones informales se presentan como elementos de baja visibilidad que tienen el propósito de justificar las disparidades en el rendimiento económico entre distintos países, regiones y culturas[6]. En sociología, Mancur Olson (1992) y Elinor Ostrom (Ostrom, 2000a) las enfocan como prescripciones que dan forma a la interacción entre personas para organizar la acción colectiva. En antropología, para Clifford Geertz, las

[6] Para profundizar en los preceptos de la economía institucional ver Oliver Williamson (2000) y Douglass North (2006). Para profundizar en las diferencias de progreso económico y social entre naciones y culturas a partir de las diferencias en las instituciones políticas y económicas ver Daron Acemoglu y James Robinson (2017).

instituciones informales son una forma de conocimiento tácito, así normas sociales, rituales y tradiciones proporcionan un marco simbólico a través del cual se interpretan las acciones y las prácticas políticas (2003). En la ciencia política, Robert Putnam enfoca a las instituciones informales como capital social, donde la confianza y la participación cívica influyen en el funcionamiento de una democracia (1994; 2000).

En este sentido, las instituciones informales se refieren a las normas, valores y prácticas no codificadas en las leyes (Williamson, 2000). Estas suelen ser pautas no documentadas que se originan, comunican y aplican al margen de los canales oficiales de sanción (Helmke y Levitsky, 2004). Ostrom anticipa esta división al proponer una gramática institucional y diferenciar entre normas y reglas, siendo las normas prescripciones culturales que definen expectativas compartidas, explícita e implícitamente, que rigen el comportamiento sin estar codificadas en leyes o reglamentos y, por otro lado, la reglas, que corresponden a prescripciones explícitas, codificadas en leyes y reglamentos, cuya sanción está impuesta por una autoridad externa (Ostrom, 2015)[7]. Las normas emergentes, también llamadas informales, surgen del intercambio impersonal mientras que las normas conscientes e intencionales, llamadas formales, surgen del intercambio personal con otros (Ostrom et al., 2003; Ahn y Ostrom, 2008).

De acuerdo con Gretchen Helmke y Steven Levitsky las instituciones informales pueden ayudar a instituciones formales a desempeñarse mejor, dejando a la connotación de informalidad como ambivalente, positiva en algunos casos y circunstancias y negativa en otras (2004). Así, las instituciones informales ayudan a legitimar a las formales y también ofrecen un marco de referencia cultural además de

[7] La consecuencialidad como elemento para discernir entre informales y formales, da origen a dos tipos de instituciones informales, basadas en sanciones y en oportunidades. Para más detalle ver Helmke y Steven Levitsky (2004) y Guy Peters (2019). Sin embargo, en todos los casos estas normas y reglas -siguiendo la gramática institucional de Ostrom- tienen una validez coetánea que es internalizada por las personas.

ofrecer recursos y apoyo al desempeño de las instituciones formales (Lauth, 2000; Helmke y Levitsky, 2004).

Para Douglass North, también la cultura es la base de las instituciones y constituye el origen de las instituciones informales que corresponden al marco conceptual, basado en el lenguaje, que las personas emplean para interpretar su entorno (2006). Siguiendo al mismo autor, las instituciones formales son un *continuum* de las informales que sirven para completar o elevar su efectividad (North, 2006, p. 66).

Un cuestionamiento habitual en el análisis institucional es si las instituciones informales y formales guardan congruencia, siguiendo a Helmke y Steven Levitsky, antes de señalar una congruencia, hay que aludir al equilibrio entre ambas, para entender que pueden existir tensiones y contradicciones entre ambas, siendo que las instituciones informales surgen de forma espontánea y muchas veces carecen de transparencia, mientras que las formales intentan homogeneizar valores bajo una lógica uniforme (2004).

2.2 Capital social

Según la perspectiva de Clifford Geertz (2003) la cultura, que comprende la totalidad acumulada de esquemas y estructuras, representa una condición fundamental para la vida humana. Estas estructuras o instituciones informales son una forma de conocimiento tácito que constituye un conjunto de orientaciones cognitivas y proposiciones que se pueden entender como capital social (Stiglitz, 2000).

El capital social, como concepto, es relativamente nuevo en ciencias sociales. Éste término ha tenido éxito en múltiples discursos científicos sin dejar de generar discusión y controversia (Castiglione et al., 2008). Se puede decir que el capital social representa una de las metáforas más poderosas y populares en la investigación actual de las ciencias sociales (Durlauf y Fafchamps, 2005).

Las primeras propuestas para emplear el término de capital social de forma sistemática y para explicar un fenómeno se pueden encontrar en Bourdieu (1986) y Coleman (1987) relacionados con el capital humano, que corresponde a una forma de capital simbólico que reporta externalidades positivas. Más tarde Coleman (1994) plantea este concepto como un medio para conciliar la estructura social de un individuo con el paradigma de la acción racional, que es ampliamente aceptado en la economía neoclásica.

Paxton (1999) ofrece una síntesis de los componentes del concepto, el primero, las estructuras de asociación entre individuos que llama *asociaciones objetivas* y, segundo, la confianza, reciprocidad y las emociones positivas hacia otros que llama *vínculo subjetivo* para producir, con ambos componentes, una "*capacidad*" de acción. Esta distinción obedece a la concepción "ortodoxa" del capital social que identifica dos componentes, uno *estructural* y, otro, *cultural* (Van Deth, 2003). De esta forma, el capital social se puede definir a partir de tres facetas: (1) por lo que lo constituye, (2) por lo que es, y (3) por lo que hace (Welzel et al., 2005).

Durlauf y Fafchamps (2005) también llevan a cabo un proceso de síntesis para condensar los conceptos clave subyacentes al capital social. En primer lugar, señalan que el capital social genera efectos positivos externos para los miembros de un grupo. En segundo lugar, destacan que estos efectos externos se logran a través de la confianza, las normas y los valores compartidos, además de su influencia en las expectativas y el comportamiento. Por último, subrayan que la confianza, las normas y los valores surgen de formas de organización basadas en redes y asociaciones (p. 1641).

Se puede decir que existen tres ideas elementales del capital social, el *primero*, la socialidad -*sociality*- para referirse a las motivaciones del comportamiento social, el *segundo*, la sociabilidad -*sociability*- para referirse a la tendencia de las personas a

asociarse con otros y, *tercero*, el arraigo social, para referirse a mecanismos de integración y acción (Castiglione, 2008). Además de sus componentes, otra especificación que añade claridad y resulta útil para el análisis es dividir a partir del agente y su relación con el entorno, por un lado, un enfoque denominado micro, privado o individual, relacional o minimalista y, por otro lado, un enfoque macro, colectivo, de sistema o expansionista (Paxton, 1999; Van Deth, 2003, 2008; Esser, 2008; Lin, 2008; Ostrom, 2015). El primero, vinculado directamente al *agente* y su *influencia* y, el segundo, vinculado a la *colectividad*, lejos de la influencia del agente.

Esto último, la conceptualización del capital social a partir del agente se relaciona con una interrogante común en el discurso científico que es: si el capital social es un bien individual o colectivo. De acuerdo con Van Deth (2003, 2008) el capital social posee ambas acepciones teóricamente pero requieren estrategias, *teóricas y de medición*, para discernirlas. En este sentido, el capital social se puede entender de dos formas, primero, como un recurso valioso para un agente y, segundo, como una característica emergente a toda red-grupo de personas-(Esser, 2008).

Así, el capital social: por lo que lo constituye, por lo que es y por lo que hace, la acción colectiva se vuelve el punto de referencia central en cualquier definición de capital social, ya sea que incluya aspectos motivacionales o no (Welzel et al., 2005)

Para avanzar en la caracterización del capital social, Esser (2000) identifica seis formas de recursos y beneficios sociales bajo las dos dimensiones a partir del agente. Por su lado, en la dimensión *relacional*, clasifica: capital posicional, capital fiduciario y capital de obligación. Por otra parte, la *de sistema*, clasifica: control de sistema, confianza del sistema y moralidad del sistema.

Dentro de la dimensión relacional o individual se encuadran estrategias individuales. *Posicional*: que se refiere a una optimización individual de las redes.

Fiduciario: se refiere a la cantidad de recursos y beneficios que un individuo puede movilizar derivado de su reputación con otros. Y, por último, de *obligación*: consecuencia del anterior y del tiempo, puesto que se refiere al grado de compromiso de un individuo con otro por corresponder sus obligaciones con él (Esser, 2000).

La faceta individual y los recursos que puede movilizar a partir de su reputación se relaciona con la confiabilidad, entendida como una *expectativa de reciprocidad*, como lo explica Axelrod (1984) en su propuesta de "evolución de la cooperación", que resalta los beneficios de ésta. Esto permite entender la faceta individual como un continuo de la faceta colectiva, la cual constituye el centro de la acción colectiva.

Siguiendo a Esser (2000), la dimensión de sistema o colectiva contempla tres clasificaciones de capital social, la primera, *control de sistema* qué sucede cuando la información del comportamiento de todos los agentes de la comunidad fluye de forma rápida y transparente, segunda, *confianza del sistema*, qué sucede cuando el control funciona, tercero, *moralidad del sistema* que se refiere a una actitud orientadora que dirige las acciones, como resultado de las anteriores.

De esta forma, la *confianza en el sistema* tiene la función de *cerrar la estructura* como apuntaba James Coleman (1993) para referirse a la efectividad de las normas, que permite proliferar obligaciones y expectativas entre los agentes para permitir la generación de reputación. En este sentido, la *confianza generalizada*, permite que los individuos creen una noción de los otros como "dignos" de confianza para pertenecer (Fukuyama, 1995; Hardin, 2002; Esser, 2008).

Esta división proporciona claridad para reconocer la importancia de la confianza en el capital social. La confianza es un *recurso cultural*, heredado a lo largo de años de historia de un país (Uslaner, 2003). Inclusive, se ha demostrado que el lugar donde un individuo vive determina su nivel de confianza, pero lo hace con mucha más fuerza el

origen familiar (Uslaner, 2008b). Un argumento congruente con el de Marcel Fafchamps, que indica que la confianza puede entenderse como una expectativa o creencia optimista respecto al comportamiento de otros agentes (2004).

Es preciso hacer una acotación a la conceptualización de la confianza, siguiendo a T. K. Ahn y Elinor Ostrom (2008) ésta corresponde a un tipo de creencia y no precisamente a una acción. Es una acotación importante en la literatura del capital social puesto que con frecuencia la confianza se considera como si fuera una acción, derivando en un error (Yamagishi y Yamagishi, 1994; Hardin, 2002; Ahn y Ostrom, 2008). Esta concepción de confianza permite guardar coherencia teoría entre la teoría institucional, ya mencionada, y la del capital social.

Toshio Yamagishi y Midori Yamagishi ofrecen una definición de confianza que ofrece claridad, corresponde: al mecanismo psicológico para reducir la complejidad del entorno, tal como lo concibe Niklas Luhmann en "Confianza y poder"; de esta forma la confianza es: una solución a los problemas causados por la incertidumbre social (1994, pp. 131–132). Esta concepción de confianza también la podemos encontrar en Claus Offe (1999) y Russel Hardin (2002) quienes la han relacionado al capital social y a las externalidades positivas que pueden derivar de ella. En este mismo sentido, Eric Uslaner (2008a) propone tres tipos de confianza que facilita diferenciar el entorno de las circunstancias del agente al relacionarse con otros. A la primera la llama *estratégica*, que parte de la incertidumbre y se basa en el conocimiento y la experiencia a partir del contacto repetido con otros. El mismo autor propone una variante de este tipo de confianza que denomina confianza *particularizada* y que se puede entender como la *fe* en agentes similares o del mismo grupo -*cercano*- y con el que se relaciona. Estas formas de confianza también las observó James Coleman en su "sistema de débitos y créditos" que parte de la reputación del agente y se traduce en confiabilidad para la proliferación de expectativas y obligaciones (1988, p. S104). Este último tipo de

confianza se relaciona a la confianza *generalizada*, anteriormente mencionada, que se da con agentes del mismo grupo.

Siguiendo a Eric Uslaner (2008a) el segundo tipo de confianza es la *moralista*, que se refiere al mandamiento moral de tratar a los demás como si fueran dignos de confianza, refiriéndose a la colectividad. Según el mismo autor, la confianza *estratégica* no es suficiente para explicar por qué existen otras formas de vinculación o cooperación y, este tipo de confianza, se vuelve entonces una condición necesaria para el compromiso cívico (Uslaner, 2008a).

Vale introducir el concepto de *cooperación* explicado por Axelrod que se puede colocar entre la confianza *estratégica* y la *moralista*, adelantando una perspectiva conductual de la confianza. De acuerdo con este autor la confianza no es la base de la cooperación sino el hecho de que la relación tenga duración (1984). De acuerdo con este argumento, se requiere de conocimiento previo -confianza *estratégica*- además de un sentido ético -confianza *moralista*- para que un agente sea recíproco y coopere. Esto da pie a pasar al siguiente tipo de confianza propuesto por Eric Uslaner (2008a), la *confianza en las instituciones*, que se puede entender como la certeza o credibilidad que una persona tiene en el marco institucional del que es parte. El propio autor la considera como una forma de confianza *estratégica*, puesto que se basa en el desempeño del pasado, pero con una diferencia: la naturaleza del fideicomisario, la cual es inanimada y no corresponde a esa confianza directamente. Una crítica a la *confianza en las instituciones* es la que hace Rothstein & Dietlind (2008) al considerar a este tipo de confianza como *moralista* y no precisamente como *estratégica*.

En esta caracterización de la confianza y, de acuerdo a Steven Durlauf (2002), es importante distinguir entre *información*, *reciprocidad* y *confianza*, sin mezclarlos con la idea de capital social. En este mismo sentido, el mismo autor interpreta a la confianza -confiabilidad- como un comportamiento cooperativo que se da en ausencia de

penalización o recompensa futura, pensándola como una norma *ética internalizada*. Esta concepción de confianza se relaciona con la *confianza moralista* que propone Eric Uslaner (2008a).

Otra postura que explica el origen de la confianza se ha tomado de la psicología social como explica Ken Newton (2008) en lo que denomina "*personalidad confiada*" para definir a la confianza como parte intrínseca, de un síndrome más amplio, de características de la personalidad y que tiende a persistir a lo largo de la vida, a menos que sea desafiado. Surgen puntos de encuentro en la caracterización de estos tipos de confianza, para Eric Uslaner (2008a), la confianza *estratégica* y *moralista* parten de supuestos diferentes, siendo que esta última no se forma en la experiencia o la interacción social y tiende a ser más estable a lo largo de la vida, mientras que la *estratégica* es más *débil* y tiende a cambiar con la interacción social.

En la interacción entre agentes, la *confianza generalizada* -o *moralista*- lleva a resultados más eficientes que la *confianza personal* -o *particularizada*-, siendo que la primera se establece de forma más rápida y económica que la *personal* -o *particularizada*- (Durlauf y Fafchamps, 2005), ya que ésta última requiere inversión del agente. Este tipo de confianza, la *confianza generalizada* -o *moralista*-, se ve moldeada por la desigualdad económica, el patrimonio cultural del país, su historia de guerra y paz y la educación promedio de los agentes (Uslaner, 2008a).

Dentro de la *confianza generalizada* -o *moralista*- se puede considerar a la confianza en el Estado y las instituciones. Se argumenta que este tipo de confianza es una *sola pieza*, que contempla un tipo de *confianza social -en los demás-* y de *confianza política -en las instituciones-* (Newton, 2008).

Dentro de la *confianza política* o en las *instituciones* se clasifica la *confianza en los políticos*. En este sentido, las instituciones importan al ayudar a crear un marco que

hace que sea racional y posible que los agentes se comporten de manera *confiable* (Newton, 2008). Esta *confiabilidad*, como efecto de la *confianza en las instituciones*, permite alcanzar situaciones más eficientes entre agentes (Durlauf, 2002). Dada la naturaleza inanimada de las instituciones, éstas sólo pueden infundir confianza protegiendo a los agentes afectados por actos erróneos de otros agentes sin "conciencia social" (Uslaner, 2008a).

En este sentido, Russel Hardin (1998) argumenta que no se puede confiar en los políticos directamente porque la confianza se basa en el conocimiento previo de las personas y, en general, no se sabe nada de ellos. Esto significa que es probable -según el caso- que la confianza en los políticos esté vinculada empíricamente a la confianza en las instituciones democráticas y legales (Newton, 2008).

En este planteamiento, la confianza es relevante puesto que es una forma de capital social (Fukuyama, 1995; Bowles y Gintis, 2002) y, dada esta relevancia, se ocupa como un proxy del capital social en particular y de una institución informal en general.

Además de la confianza, cognitiva, T.K. Ahn y Ostrom (2008) identifican otras dos formas de capital social: las redes sociales y las instituciones. Por redes se entiende la estructura de relaciones en las que se inserta un agente, que puede ser de dos tipos, la primera, una *red subjetiva* que corresponde al conjunto de vínculos en torno a un agente en específico y, segundo, una *red*, para referirse al conjunto completo de vínculos, enlaces y relaciones entre un conjunto finito de agentes (Durlauf y Fafchamps, 2005).

Las redes se crean -y se mantienen- cuando la probabilidad de futuras interacciones se incrementa y cuando el flujo de información respecto a otros agentes es transparente (Axelrod, 1984; Coleman, 1988; Durlauf, 2002; Ahn y Ostrom, 2008),

que se traduce en un *control de sistema* y *confianza* (Esser, 2008) para crear, a nivel individual una *reputación* y, a nivel colectivo una *confiabilidad* (Coleman, 1988).

Al encuadrar la acción del agente, existen enfoques del capital social diferentes, el primero, es el enfoque desde el punto de vista económico neoclásico, que supone un agente racional y se denomina de primera generación y, el segundo, desde lo que se llama teorías de acción colectiva de segunda generación. (Ostrom et al., 2003). Para las teorías económicas neoclásicas, la confiabilidad es una característica del comportamiento de una persona a cooperar pero guiada por incentivos egoístas; contrariamente, en las teorías de acción colectiva de segunda generación, la confianza es una característica de las preferencias, es decir, se encuentra en las normas intrínsecas de una persona a partir de las cuales corresponde a otras personas (Ostrom, 2000b; Ostrom et al., 2003; Ahn y Ostrom, 2008).

La confiabilidad, entendida como una preferencia, tiene otros alcances. Se puede decir que la confianza es el elemento base del capital social porque ésta permite que suceda. Primero, la confianza se puede definir como una creencia, segundo, una forma de capital social que facilita la acción colectiva y, tercero, la causalidad circular que tiene la confianza con las redes e instituciones (Ahn y Ostrom, 2008).

Para James Coleman (1988) la acción social se interpreta y explica de mejor forma si se unen las dos principales corrientes o posturas, por un lado, la propuesta por economistas -de primera generación-, que ve al individuo como un agente maximizador de una utilidad motivado por intereses egoístas y que actúa de forma independiente y, por otro lado, la visión sociológica para interpretar la acción del individuo como gobernada por normas, reglas y obligaciones sociales. Para el mismo autor, estas dos visiones se superponen, es decir, la idea racional se superpone con la organización social e institucional, tanto de forma endógena como exógena, y propone combinar

ambos: lo racional sin descartar la organización social, como un continuo (Coleman, 1988).

En este mismo sentido, estas dos posturas también son reconciliadas por T.K. Ahn y Ostrom para proponer una teoría que explique la acción desde una perspectiva antropológica "real" (2008). Aunque las teorías de primera generación fueron ampliamente utilizadas para describir algunos fenómenos, encuentra que la investigación empírica y experimental han rechazado estas suposiciones, para proponer a un individuo con preferencias intrínsecas que permiten la acción colectiva (Ostrom, 1998).

Desde la postura de primera generación, la capacidad de formar organizaciones sólo depende de las instituciones, sin embargo, en una postura de segunda generación, también depende de un sentido anterior de comunidad moral, es decir, un conjunto de normas o reglas éticas que sirve de base a la confianza social (Fukuyama, 1995)

En este sentido y a manera de capitulación, el capital social se puede definir como una forma de sistematizar los efectos de las relaciones sociales, un concepto que parte del entorno y las conexiones sociales (Castiglione et al., 2008).

Dada la considerable diversidad y la escasa visibilidad de las instituciones informales, se puede abordar teóricamente este fenómeno a través del concepto de capital social. Por lo tanto, este estudio se enfoca en el capital social desde dos perspectivas. En primer lugar, la perspectiva cognitiva, que implica un conocimiento tácito que proporciona un marco simbólico. Dentro de esta dimensión, la literatura resalta la importancia de la confianza como un elemento crucial, conceptualizada como una creencia en diversas formas. En segundo lugar, se examina el capital social estructural, que hace referencia a las formas legibles de asociación y vinculación. Ambos aspectos contribuyen a resolver los desafíos de incertidumbre inherentes a los

procesos de interacción social y, en este caso, se emplearán para contextualizar la influencia que ejercen sobre la decisión del voto, que tiene una doble dimensión: una individual y otra la colectiva.

2.3 Participación electoral individual

La participación electoral individual se refiere al acto de votar y es considerado una manifestación de actitudes y comportamientos que incluyen, entre otras, la confianza en las instituciones políticas y una capacidad percibida de influir (Verba et al., 1995). Para Russel Dalton, la participación electoral individual no sólo incluye el hecho mismo de votar, sino todas las acciones necesarias para hacerlo, como el registro y todo lo necesario para acudir a votar (2009). En este sentido, la participación electoral se interpreta también como la suma de diversas actitudes y orientaciones en una persona que es propensa a votar.

Desde una perspectiva operativa, la participación electoral individual se mide como la proporción de ciudadanos que han votado en una elección, en relación con el número total de personas elegibles para votar[8]. Sin embargo esto es incompleto y el cálculo puede variar en función del parámetro de comparación: la población total, la población en edad de votar, la población elegible para votar o la población registrada para votar (Cancela y Geys, 2016).

La participación electoral se mide por dos vías mediante encuestas y con cifras oficiales, en la primera vía, se pueden reconocer diferencias sustanciales por el momento en que se lleva a cabo las encuestas que dan origen a dos magnitudes: la

[8] Comúnmente la participación electoral individual se puede medir a través de dos instrumentos, encuestas y datos de registro oficial. Respecto a las encuestas, éstas se pueden aplicar antes de la elección, denominadas de intención de voto o después de la misma, denominadas participación auto informada. Cuando se emplean registros oficiales, se le denomina participación electoral validada. La participación auto informada es la más propensa a tener un sesgo ascendente en comparación con los registros oficiales. Sin embargo ésta fuente de datos es la más empleada (Smets y van Ham, 2013). El problema del sesgo que genera este tipo de información será tratado más adelante.

participación auto reportada y la intención de voto. La primera consiste en encuestas que se aplican después de las elecciones y se les pregunta a las personas si han votado en las elecciones pasadas. Este tipo de participación suele estar sobreestimada debido a sesgos de memoria y deseabilidad social. Por otro lado, la intención de voto se realiza antes de las elecciones y también se ve afectada por el sesgo de deseabilidad social. Una tercera fuente de información son las cifras oficiales de votación, que dan lugar a lo que se conoce como participación validada. Esta corresponde a información libre de sesgos, pero carece de oportunidad y apertura. (Geys, 2006; Smets y van Ham, 2013; Moreno, 2015; Cancela y Geys, 2016; Stockemer, 2016).

La participación electoral individual puede ser influenciada por diversos factores, de acuerdo con Kaat Smets y Carolien van Ham, estos factores se pueden ordenar en seis modelos: de recursos, de movilización, de socialización, de elección racional, psicológico e institucional (2013).

Cada uno de estos modelos ofrece explicaciones distintas sobre los factores que influencian la decisión individual de votar. Éstos no son parcelas teóricas, sino formas de organizar a los factores que influyen en el voto individual.

2.3.1 Modelo de recursos

En este modelo se sostiene que la decisión de un votante está influenciada por la cantidad de recursos que el mismo votante tiene a su disposición. Estos recursos pueden ser el tiempo, el dinero y las habilidades (Verba et al., 1995). Este modelo tiene puntos de apoyo en teorías de elección racional y fue popularizado por autores como Bernard Berelson, Paul Lazarsfeld y William N. McPhee que, en su libro "Voting: A Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign", estudiaron el comportamiento electoral en las elecciones presidenciales utilizando encuestas y entrevistas para analizar cómo los votantes obtenían información y tomaban decisiones.

Anthony Downs, en su libro de 1957 "An Economic Theory of Democracy", introdujo la idea de que los votantes racionales votan por el candidato que mejor representa sus intereses y preferencias. Otro autor que ayudó a consolidar el modelo fue Mancur Olson, en su obra "The Logic of Collective Action" de 1965, donde argumenta que la participación política es un bien público y que los individuos siempre tienen un incentivo para no participar en la política a menos que sus intereses personales estén relacionados. Por su parte, James March y Johan Olsen, en su obra "Ambiguity and Choice in Organizations" de 1976, postulan que las decisiones políticas se toman en condiciones de incertidumbre, y que los votantes tienen recursos limitados para procesar y evaluar información.

Este modelo, uno de los más extensos en el estudio del voto, considera factores de influencia como: la educación, la edad, género, raza, ciudadanía, ingresos, ocupación, estado civil, número de hijos, generación y ubicación geográfica (Smets y van Ham, 2013).

2.3.2 Modelo de movilización

Este modelo se centra en la idea de que los ciudadanos son movilizados para participar en asuntos políticos por partidos, candidatos, grupos de interés y movimientos sociales. Este modelo se consolidó con la contribución de autores como Gabriel Almond y Sidney Verba en su libro "The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations", donde argumentaron que la movilización política era un factor clave en la participación electoral. Samuel Popkin en su libro "The Reasoning Voter: Communication and Persuasion in Presidential Campaigns" postula que los partidos políticos y los candidatos utilizan la movilización para influir en la participación electoral y la decisión del voto.

Este modelo comúnmente contempla factores como asistencia a servicios religiosos, pertenencia a grupos -capital social-,afiliación sindical, movilización partidista y cívica y exposición mediática (Smets y van Ham, 2013).

2.3.3 Modelo de socialización

Este modelo sostiene que las actitudes y orientaciones políticas de las personas se forman a través de la socialización temprana, como la familia, la escuela y los medios. Este modelo se consolidó con autores como Herbert Hyman quien, en su libro "Political Socialization" postuló que las actitudes políticas y la orientación ideológica de los individuos se forman a través de la socialización política, que sucede en la familia, la escuela, los medios de comunicación y con otros agentes sociales.

Bernard Berelson y Paul Lazarsfeld, en su obra "The People's Choice: How the Voter Makes Up His Mind in a Presidential Campaign", al estudiar elecciones presidenciales en Estados Unidos, en el siglo pasado, se dieron cuenta que la socialización política es un factor determinante en la decisión del voto. De igual forma, Gabriel Almond y Sidney Verba argumentaron que la socialización política es un factor clave en la formación de la orientación ideológica y las actitudes políticas de las personas.

En este modelo, comúnmente se consideran factores como: la influencia de los padres durante la adolescencia y discusión política con pares, siendo el interés y el conocimiento político lo que se considera como determinante (Smets y van Ham, 2013).

2.3.4 Modelo de la elección racional

Como se mencionó anteriormente, este modelo tiene cercanía con el modelo de recursos, pero hace énfasis en los recursos cognitivos de las personas y los procesos que llevan a cabo para tomar una decisión. Así, este modelo sostiene que los individuos

toman decisiones de voto en función de sus intereses personales y de las opciones políticas disponibles.

Este modelo se consolida a partir de postulados de la teoría económica y de autores como Anthony Downs que desarrolló el modelo de elección racional de votantes y argumenta que los votantes evalúan las políticas y los candidatos en función de sus intereses personales y que eligen la opción que les proporciona el mayor beneficio, lo que implica el cálculo de una función de utilidad. Otro autor que consolidó este modelo fue William Riker, con el libro "The Theory of Political Coalitions" donde empleó la teoría de juegos y la aplicó a la política concluyendo que los votantes toman decisiones de voto estratégicas en función de sus intereses personales. Gordon Tullock, bajo la misma lógica de teoría económica de la elección individual agrega que los partidos políticos buscan maximizar sus votos a través de la competencia electoral.

En este modelo se consideran factores como: si la persona votó en elecciones pasadas, el costo de votar, la evaluación personas del ganador, los beneficios personales que se esperan en el resultado, el deber cívico, evaluación de la economía personal y nacional y evaluación de propuestas políticas (Smets y van Ham, 2013).

2.3.5 Modelo psicológico

Este modelo se centra en los determinantes psicológicos del voto, siendo estos muy variados, desde aspectos cognitivos hasta preferencias personales. Este modelo se encuentra en autores como Harold Lasswell, quien se interesó en una personalidad orientada a participar en la vida pública, considerando a las emociones y la identificación con un candidato.

En este modelo comúnmente se consideran aspectos como: identificación partidaria, interés en la política, percepción de eficacia política, conocimiento política, confianza en las instituciones, habilidades cognitivas, autoubicación ideológica,

alienación política, identificación étnica, salud mental y aspectos de la personalidad (Smets y van Ham, 2013).

2.3.6 Modelo institucional

Este modelo parte del supuesto de que la participación política es un subproducto del sistema político en el que coexisten las personas. Típicamente, los autores que emplean este modelo toman un enfoque estructural formal de las instituciones al considerar los marcos normativos que rigen los procesos políticos y los resultados que producen. Este enfoque se consolidó con autores como Samuel P. Huntington, quien desarrolló la teoría de las "ondas democratizadoras" e hizo hincapié en la importancia de las instituciones electorales para una democracia. Otro autor que teorizó alrededor de las instituciones y su efecto fue Giovanni Sartori, en su obra “Parties and Party Systems” expone la importancia de las instituciones formales electorales y su impacto en la forma en que las personas votan. Arend Lijphart, en su obra "Patterns of Democracy", argumenta que las instituciones políticas formales, como los sistemas electorales y los sistemas de partidos políticos, son determinantes del comportamiento electoral.

Dentro de este modelo se consideran factores como: la cercanía en el tiempo de las elecciones, la concurrencia de elecciones de distinto orden, las reglas de facilitación del voto, el voto obligatorio, el número efectivo de partidos y el tipo de sistema electoral (Smets y van Ham, 2013).

2.3.7 Enfoques de los modelos de participación electoral

Estos modelos no solo reflejan la complejidad inherente al estudio de la participación electoral, sino también la adaptación de distintas teorías y disciplinas a la realidad. Para comprender cómo estas perspectivas han enriquecido la comprensión de

la dinámica electoral y cómo han sido aprovechadas en el presente trabajo se destacan algunos trabajos y énfasis teóricos. Por un lado, las instituciones, al moldear las preferencias y las estrategias de las personas, se convierten en el fundamento explicativo más importante de la actividad política (Bertranou, 1995, p. 243). Los hallazgos en torno a la participación electoral varían en función del enfoque institucional empleado. Pérez-Liñán considera a las instituciones en dos sentidos, como procedimientos formales y como cuerpos movilizadores y encuentra que la eficiencia de los procesos de registros, el voto obligatorio y la competencia entre partidos explican la mayor parte de la participación en democracias en transición en América Latina (2001).

Bartels, siguiendo el trabajo de Fiorina de los año 80, reencuadra el pesimismo de la racionalidad de los votantes y propone pensar en la ignorancia pública como una solución eficiente, donde el electorado premia cuando las cosas mejoran y son sensibles a la realidad económica, sin exigir ninguna decisión estratégica del voto ni ninguna conversación ideológica (2008). Los votantes deciden con base a parámetros como la confianza y no con base a la información (Antunes, 2010).

De acuerdo con Bendor et al. (2011), la participación electoral constituye una de las principales anomalías de la teoría racional por el desequilibrio entre los costos y las ganancias esperadas de votar y, para avanzar en el análisis, se debe modificar el modelo de comportamiento o los supuestos de pago. El mismo autor propone una estructura alternativa al enfoque racional para encontrar que los votantes aprenden a través del ensayo y error en reglas de adaptación, demostrando que las acciones que tienen éxito hoy, se producirán mañana con mayor probabilidad, en un ciclo de retroalimentación (Bendor et al., 2011).

Alejados también del modelo racional, Diermeier y Li, enfocan a un votante olvidadizo e influenciado por eventos aleatorios o estocásticos, para demostrar que las personas votan de acuerdo a la sensación que les produce el entorno (2017). Herrmann

et al. (2019) contrasta las preferencias en un modelo de perspectiva frente a un modelo de teoría de juegos estándar para la participación electoral y encuentran que ésta se ve afectada por los puntos de referencia subjetiva y que estos son de naturaleza estocástica. Garcia-Rodriguez y Redmond demuestran un costo individual asociado al voto, la lluvia como ejemplo, que reduce la participación hasta en un cinco por ciento en Irlanda, con un efecto diferenciado entre votantes rurales y urbanos (2020).

Contra la convención de la idea de que las actitudes determinan el comportamiento electoral, Kostelka y Blais (2018), encuentran que la participación electoral afecta la satisfacción con la democracia y no al revés. Es decir, participar lleva a las personas a sentirse satisfechas, planteando que la causalidad puede ser: del comportamiento electoral a las actitudes.

Aunque el enfoque racional ha dominado el análisis institucional, también el análisis de las estructuras formales se ha empleado para explicar la participación electoral como la distritación electoral y el voto obligatorio. Existen hallazgos sobre cómo el diseño distrital puede aumentar la participación electoral al incrementar o disminuir la densidad de cada uno de acuerdo a la población, acercando las urnas a las personas (Hunt, 2018; Tavares y Raudla, 2018). Por su parte, Brieba y Bunker (2019), a partir de la introducción del voto voluntario en Chile, demuestran que se redujeron los sesgos de clase y de edad, equilibrando la representatividad, a pesar de que la participación disminuyó. El voto obligatorio es una forma de abordar el problema de la acción colectiva y constituye una forma de coordinar a las personas para garantizar un nivel de participación, una forma de institucionalizar la participación (Birch, 2018).

Con un enfoque más amplio, Kim et al. (2020), a través de la metodología de bosques difusos, encuentra que la participación electoral se asocia con variables administrativas y de procedimientos -reglas formales- y de las opiniones y preferencias políticas, y menos de las variables demográficas, para el caso de las presidenciales de

2016 en Estados Unidos, es decir, importan más las orientaciones e ideas de las personas, que sus características demográficas.

Las orientaciones deontologías también determinan la participación, como lo demostraron Blais y Achen (2019), el acto de votar está profundamente determinado por las opiniones de los ciudadanos acerca de si votar es una decisión ética y demuestran que, si estas orientaciones se dejan a un lado, se pierde capacidad explicativa en cualquier modelo.

En un efecto combinado entre reglas formales y orientaciones, Finseraas et al. (2022), a través de un enfoque epidemiológico, emplean la portabilidad de la cultura como fuente de identificación en inmigrantes y sus hijos, para comprobar que cuando un inmigrante se incrusta en las instituciones y normas del país destino se desvanecen las brechas de género en la participación electoral provenientes del país de origen. Esto sucede en la segunda generación, comprobando el efecto del entorno sobre el comportamiento político.

Un ejemplo adicional de cumplimiento de normas informales, como las orientaciones, se ilustra en el estudio de Stefan Dahlberg y María Solevid (2016) sobre la relación entre corrupción y comportamiento político. Tanto las percepciones de corrupción a nivel individual como la percepción de que los políticos son corruptos a nivel sistémico disminuyen la participación. A partir de este hallazgo, se puede concluir que las percepciones de corrupción de los votantes no influyen en la participación en países altamente corruptos. La evaluación de la corrupción como un problema en un entorno con niveles bajos de corrupción podría reflejar una falta de respaldo al sistema político, mientras que, en un contexto de alta corrupción, podría interpretarse como una muestra de apoyo al régimen.

A manera de resumen, el marco teórico que respalda este estudio descansa sobre tres elementos cruciales. En primer lugar, el institucionalismo, con una visión refinada proporcionada por el nuevo institucionalismo, que redefine la fuente de las estructuras que dan forma a la interacción humana y delimita los límites cognitivos individuales. Así, el nuevo institucionalismo sostiene que las instituciones o convenciones desempeñan un papel fundamental en la formación de preferencias y significados compartidos por un grupo de individuos. Estas instituciones se suelen clasificar en informales, cuando se refieren a conocimientos tácitos manifestados en rutinas, y formales, en el caso de prescripciones explícitas.

El segundo pilar de este marco teórico es el concepto de capital social, que proporciona una aproximación teórica a las instituciones informales. El capital social se desglosa en dos perspectivas: la cognitiva, que implica un conocimiento tácito que ofrece un marco simbólico, destacando la confianza como elemento crucial, entendida como creencia en diversas formas; y la perspectiva estructural del capital social, que se refiere a formas observables de asociación y vinculación.

El tercer pilar aborda la participación electoral individual, es decir, el acto de votar, reconocido como una expresión de actitudes y comportamientos políticos. La decisión de participar en el proceso electoral se aborda como un problema bidimensional que involucra factores tanto individuales como colectivos. Al adoptar una perspectiva metaanalítica, se examinan los seis modelos de voto más prevalentes, que engloban una diversidad de factores que inciden en la toma de decisiones electorales, a saber: de recursos, de movilización, de socialización, de elección racional, psicológico e institucional. El propósito es enfrentar la problemática de variables omitidas y sintetizar los elementos más cruciales en la determinación del voto, aprovechando la combinación de estos aspectos para desarrollar un modelo robusto.

Capítulo III. Marco de referencia

El objetivo de este capítulo consiste en proporcionar un análisis de la literatura más destacada que utiliza las teorías previamente presentadas y las aplica a modelos electorales en diversos contextos. Se busca examinar la participación electoral en otros sistemas, analizar los determinantes del voto más relevantes y, finalmente, realizar un recorrido por el sistema político mexicano, centrándose especialmente en las últimas cuatro elecciones presidenciales.

3. 1 Modelos institucionales y teorías del comportamiento

Los estudios comparativos de participación electoral, apoyados en el institucionalismo, tradicionalmente enfatizan las instituciones como factores explicativos importantes, pero fue hasta años recientes que se empezó a vincular las invariables institucionales y las teorías de comportamiento, en especial, de elección racional. (Pérez-Liñán, 2001). A partir de las teorías neoinstitucionales, a las instituciones se les concibe como arenas donde se desenvuelven los actores políticos y como reglas y procedimientos que dan forma a las decisiones de las personas (Pérez-Liñán, 2001, p. 282).

Existen tres estudios emblemáticos de la participación electoral desde la perspectiva institucional: el de G. Bingham Powell , el de Robert W. Jackman (1987), que derivó en una actualización por Robert W. Jackman y Ross a. Miller (1995)[9]. Estos estudios encuentran que las instituciones tienen un efecto significativo en la participación siendo los elementos que explican de mejor forma la tasa de votación: el

[9] Estudios similares se pueden encontrar en Blais y Carty (1990) y Radcliff (1992), que son aplicados para distintos tipos de democracias.

voto obligatorio, el registro automático de votantes y la competencia electoral a nivel distrital.

Robert W. Jackman (1987) confirma la teoría downsoniana del multipartidismo y la efectividad marginal del voto, pues encontró que en sistemas multipartidistas la partición se desalienta, puesto que los votos individuales resultan menos decisivos. Así también confirma el poder predictivo del voto obligatorio en la participación electoral.

Robert W. Jackman y Ross A. Miller (1995) probaron este marco de referencia en nuevas democracias como Grecia, Portugal y España pero no así en democracias incompletas, como en América Latina. Aníbal Pérez-Liñán (2001), al replicar el modelo de Jackman y Miller para 17 países latinoamericanos, encuentra que el voto obligatorio y el multipartidismo no son significativos y, que el efecto de la competitividad distrital, tiene un efecto contrario, aunque no significativo. Al realizar pruebas de elementos aislados encuentra que la baja participación electoral en la región es producto de sistemas de registro ineficaces[10].

Carolina Fornos, Timothy Power y James Garand (2004) también se preguntan por qué existe tanta varianza en las tasas de participación electoral entre países de Latinoamérica y, para responder, estudiaron las elecciones en 18 países de 1980 a 2000 con la misma metodología y encuentran que la participación electoral en Latinoamérica está impulsada por variables institucionales y de procesos políticos, mientras que las variables socioeconómicas tienen un efecto marginal. Respecto a las variables institucionales encuentran que la participación es sensible al contexto local y menos a la competitividad nacional en general, como sucede en democracias avanzadas (Fornos et al., 2004).

[10] El enfoque de este modelo institucional considera a las instituciones como arenas políticas, es decir, como agentes de movilización, enfocándose en el estado y en los partidos políticos.

Estos trabajos consideran a las instituciones formales, es decir, el conjunto de reglas que, de forma pasiva o activa[11], generan incentivos de comportamiento político. Hans-Joachim Lauth (2000) analiza el papel de las instituciones informales en una democracia y cómo pueden crear un corredor de acción para la participación política, el autor analiza a instituciones como el clientelismo, la corrupción, la amenaza de golpe, la desobediencia civil y el derecho consuetudinario para concluir que, de acuerdo a cada tipo de democracia, las instituciones informales pueden promover u obstaculizar el desempeño de una democracia y su relevancia no es menor.

Cómo se ha mencionado, las principales escuelas de institucionalismo comparten el terreno común de conceptualizar a las instituciones como reglas o patrones normativos que dan forma al comportamiento y crean estructuras sociales, una lectura amplia debe considerar ambos tipos de instituciones, formales e informales (Lauth, 2000).

La conexión fundamental entre las instituciones, consideradas como restricciones contextuales, y los resultados, que son las consecuencias de las elecciones colectivas, es el comportamiento (Diermeier y Krehbiel, 2003, p. 126). Dentro de las teorías de comportamiento expuestas, la teoría de "Normas descriptivas y prescriptivas" ofrece una orientación dentro del nuevo institucionalismo que será empleado. Esta teoría asume que las normas afectan la toma de decisiones a través de ciclos de retroalimentación (North, 2006) y que éstas se incorporan como hábitos culturales que se aprenden de otras personas y reportan utilidad (Schlüter et al., 2017) y su observación puede ser consciente o inconsciente (Sok et al., 2021).

[11] Existe una diferencia sutil en considerar a las instituciones como escenarios y como agentes movilizadores. El primer enfoque ve a las instituciones como sistemas de reglas que influyen de manera pasiva en actores racionales. En contraste, el segundo enfoque considera a las instituciones como actores estratégicos que también son influenciados por reglas subyacentes (Pérez-Liñán, 2001). El primer enfoque es propio del viejo institucionalismo mientras que el segundo constituye el preámbulo del nuevo institucionalismo.

El voto es una decisión individual, pero de naturaleza colectiva (Pioré, 1999; Buendía, 2000), donde las personas, al votar, se vinculan con otros y una de las características más destacadas es el hecho de que no es decisiva para el votante individual sino que el beneficio es para la democracia, dado que ésta es un bien público (Birch, 2018).

3.3 Determinantes del voto

En ciencias políticas, el metaanálisis ofrece una forma de sintetizar los resultados de una serie de estudios que examinan el mismo tema, centrándose en los resultados de los estudios y no en las conclusiones alcanzadas por los autores. Lo que permite este método cuantitativo es sintetizar los resultados de la investigación empírica en forma de tamaños de efecto, es un enfoque flexible y poderoso para avanzar en el conocimiento científico, ya que representa un enfoque estadísticamente defendible para sintetizar hallazgos empíricos (Card, 2012).

Los estudios de Benny Geys (2006), Kaat Smets y Carolien van Ham (2013), João Cancela y Benny Geys (2016) y Daniel Stockemer (2016) y ofrecen una mirada meta analítica del estudio de la participación electoral. El primero analiza 83 estudios, el segundo 90, el tercero 185 y el último 135, todos de revistas arbitradas que evalúan el voto a nivel individual en elecciones nacionales para identificar los factores más significativos en la determinación del voto. En la Tabla 2 se resumen los factores, positivos y negativos, que determinan el voto organizado en distintos modelos, todos ellos superiores a 0.65 con un nivel de confianza superior al 95%.

Tabla 2

Modelos y efecto de los factores sobre el voto presidencial en distintos estudios de Metaanálisis

Factor	(Geys, 2006)	(Smets y van Ham, 2013)	(Cancela y Geys, 2016)	(Stockemer, 2016)[a]
Modelo de recursos				
Educación		+		
Edad		+		
Generación (60s/70s vs pre-WW II)		-		
Estabilidad de la población	+		+	
Pertenecer a una minoría	-		-	
Tamaño de la población (menor)	+			+
Modelo de movilización				
Movilización partidaria		+		
Exposición mediática		+		
Membresía		+		
Modelo de socialización				
Clase social e ingreso de los padres		+		
Modelo de elección racional				
Votar en elecciones previas	+	+	+	
Interés en el ganador		+		
Evaluación de candidatos/partidos		+		
Deber cívico		+		
Propensión para votar		+		
Modelo psicológico				
Identificación partidista		+		
Interés en la política		+		
Conocimiento político		+		
Ambivalencia		-		
Personalidad (trabajo duro)		+		
Modelo institucional				
Voto obligatorio	+	+	+	+
Gasto en campaña	+		+	
Competencia en las elecciones	+			
Requisitos de registro	-		-	
Elecciones de primer orden				+

Nota: signo de más (+) = efecto positivo sobre el voto presidencial, signo de menos (-) = efecto negativo sobre el voto presidencial. Efecto de más del 0.65 para elecciones nacionales.

[a] Se reporta la tasa de éxito.

Para el caso de Latinoamérica, Carolina Fornos et al. (2004) proponen una perspectiva ecléctica que combina varios enfoques. Como estos mismos autores han comprobado, las variables que funcionan en democracias avanzadas y consolidadas no lo hacen en democracias incompletas. Han validado que la cultura política no es uniforme en los países latinoamericanos, y, en su lugar, un enfoque intrarregional resulta más efectivo para explicar la participación.

Con el propósito de desarrollar un modelo básico que tome en consideración los hallazgos de investigaciones anteriores y sea aplicable en el contexto latinoamericano, en particular en México, se sigue una perspectiva ecléctica. En este sentido, se propone un modelo que integra los factores más influyentes en la decisión de voto, tanto en democracias avanzadas como en desarrollo, además de un análisis de las instituciones informales a través de la cultura política y el capital social.

3.4 Sistema político y elecciones presidenciales en México

Aunque existe un debate sobre cuándo se dio el cambio de régimen político en México de forma general podemos decir que el régimen autoritario, articulado en un sistema de partido hegemónico, tuvo distintas fases y la última, que supuso una crisis, comenzó finales de la década de los 70 (Horcasitas, 1991). Esta etapa tuvo un importante hito en las elecciones presidenciales de 1988, donde el partido hegemónico, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), vio una crisis electoral casi definitiva y, para el año 2000, ya había perdido la Presidencia de la República por primera vez (Somuano, 2007). Se estima que este periodo de consolidación terminó un par de años después de este hecho, aproximadamente en 2002 (Durand, 2004).

A pesar de la transición en términos materiales, la cultura política en el país se podría catalogar como autoritaria puesto que aún se conservan vestigios del régimen anterior, es decir, las personas aún no han cambiado su orientaciones hacia su sistema

político (Durand, 2004; Somuano, 2007, 2013). Aún persiste un problema de desconfianza institucional que, mezclada con la desinformación, frenan el sentido de eficacia política y de participación de los mexicanos (González de la Vega et al., 2010).

A pesar de la riqueza de estudios electorales para el caso de México, aún no existe consenso en los hallazgos sobré por qué los mexicanos votan, se advierten algunas contradicciones y múltiples facetas del votante mexicano (Moreno, 2015). Resulta más útil entender las últimas cinco elecciones presidenciales y contextualizar cada una y resaltar sus particularidades. En la elección de 1994, la última presidencia que ganó el PRI de forma continuada, la mayoría de los votantes emitieron un voto retrospectivo, es decir, votaron en función del desempeño económico del país en manos del partido gobernante y el triunfo de este partido se debió a la lealtad o partidismo (Pioré, 1999; Buendía, 2000; Sonnleitner, 2018) y, parte de las diferencias regionales se pueden explicar por las fortalezas y debilidades de los partidos a nivel local (Pioré, 1999).

La elección del 2000 llamó la atención de forma especial por significar el momento de la alternancia, después de 80 años de gobierno del PRI. Ganó las elecciones el Partido Acción Nacional (PAN) y la participación electoral de aquel año se explica por las evaluaciones al sistema político, las percepciones del fraude electoral, las movilizaciones electorales y no electorales, la sofisticación política y la edad de los votantes (Buendia y Somuano, 2003; Sonnleitner, 2018). En esta elección, se destaca la confianza que los ciudadanos tenían en el Instituto Federal Electoral (IFE) en ese momento, lo que se reflejó en una alta participación electoral (Moreno, 2015).

A partir de esta elección, el electorado mexicano se dividió en dos, uno de mayor edad, menos escolarizado, fundamentalista y urbano y, por otro lado, uno más joven, más escolarizado, con valores democráticos y actitudes liberales (Moreno, 2015; Sonnleitner, 2018). Las elecciones de 2000 transcurrieron sin mayores complicaciones,

sin embargo, las elecciones presidenciales de 2006 fueron las más competidas, resultó ganador el PAN por apenas 0.56%, lo que abrió un intenso litigio que sentó las bases de una reforma electoral en cuatro temas principalmente: la propaganda negativa, la intervención del Ejecutivo Federal, el uso de programas sociales y los topes de gasto de campaña (Valdés, 2021). Respecto al electorado mexicano de dicha elección, ésta puede ser explicada por variables como la urbanización, el empleo industrial, una parte de los católicos, el analfabetismo y la ubicación regional de los municipios (Sonnleitner, 2018).

La elección presidencial del 2012 tiene interpretaciones encontradas, por un lado, como una prueba de consolidación democrática y, por otro lado, la restauración autoritaria (Sonnleitner, 2018). Esto debido a que ganó el PRI y se hizo evidente una paradoja, puesto que a pesar de que se contaba con un costoso y sofisticado sistema de organización electoral, las personas se mostraban escépticas y desconfiadas sobre los resultados de las contiendas (Sonnleitner et al., 2013; Sonnleitner, 2018). Respecto al comportamiento electoral, la participación en áreas rurales se acentuó por la compra de votos, dejando notar que el clientelismo aún rinde frutos (Sonnleitner, 2018).

La elección de 2018 marcó un cambio significativo en la orientación del electorado mexicano, llevando a la formación de un gobierno unificado por primera vez desde 1994. Esto representó un retorno a la antigua dinámica de gobierno por un solo partido y evidenció una tendencia hacia la nacionalización del voto, con un efecto arrastre en la elección presidencial (Garrido y Freidenberg, 2020).

A lo largo de las últimas dos décadas, durante las cuales la dinámica democrática en México ha evolucionado, se observa que los factores de largo plazo han perdido peso frente a los de corto plazo. Es decir, elementos como la orientación ideológica, el partidismo y las actitudes políticas han disminuido en importancia en la determinación

del voto, en comparación con factores más inmediatos como la imagen del candidato y los temas de campaña (Díaz et al., 2023).

El análisis regional del voto en México ha sido un tema destacado en la investigación, abordado por diversos académicos. Según Andy Baker (2009), hay seis razones fundamentales para la regionalización del voto en México: (1) la disparidad regional en los niveles de vida y desarrollo económico, (2) los clivajes conservador y religioso, (3) la división entre áreas urbanas y rurales, (4) la posición de aquellos que buscan desafiar al líder y de aquellos que buscan preservar el régimen, (5) la aversión al riesgo en la gobernabilidad, y (6) el voto que se adhiere a la opinión predominante de su entorno inmediato, propagando así el fenómeno de la regionalización.

La razón más destacada para la regionalización es la disparidad en los niveles de vida y desarrollo, donde se mide el primero por el ingreso promedio y el segundo mediante diversos índices, como el de desarrollo humano. A grandes rasgos, esta regionalización ha dividido al país en dos polos: los estados del norte, que muestran niveles de desarrollo más altos y tienden a respaldar propuestas de centroderecha, y los estados del sur, con niveles de desarrollo más bajos y afinidad con propuestas políticas de izquierda (Klesner, 1995; Magaloni, 2006; Moreno, 2015; Sonnleitner, 2018).

También los clivajes conservador y religioso han contribuido a la regionalización del voto. En lugares como Guadalajara y Monterrey, la asistencia a servicios religiosos está relacionada con el voto a favor de partidos culturalmente más conservadores (Baker, 2009). Otra forma de regionalización relevante ocurre a través de las redes de comunicación política en las que las personas participan. En este caso, el comportamiento electoral de una persona depende de las discusiones políticas en su entorno, lo que dibuja regiones en el país y pone en evidencia la existencia de un "perfil" regional del voto en México (Baker, 2009).

En este contexto, se espera que los resultados de este trabajo evidencien la presencia de regionalización en el voto, en este caso, vinculada a las instituciones informales y formales, con el objetivo de evaluar cómo afectan la propensión al voto en México. Es importante destacar que este trabajo no busca analizar la “forma” en que una persona emite su voto, sino la mera propensión a participar o no en el acto de votar.

Capítulo IV. Metodología

4.1 Diseño metodológico

Este trabajo se enmarca en un método cuantitativo no experimental, cuyos datos provienen de encuestas que representan una descripción numérica de las tendencias, actitudes y opiniones de una población (Creswell, 2014). El enfoque cuantitativo posibilita la realización de inferencias a partir de una muestra, al establecer relaciones entre variables mediante el uso de herramientas estadísticas. Por su naturaleza, este método separa la agencia del investigador respecto a los individuos estudiados y permite hacer generalidades rigurosas y fidedignas (Ugalde y Balbastre, 2013).

Este trabajo emplea datos provenientes de ocho encuestas de LAPOP: 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019 agrupadas para las últimas cuatro elecciones presidenciales en México. Para la construcción del modelo, estos datos se complementaron con fuentes oficiales, para datos electorales a nivel sección, municipio y estado, a través del INE, para datos sobre donantes de sangre, del Centro Nacional de la Transfusión Sanguínea, de la Secretaría de Salud de México, así como estadísticos de los recursos físicos, materiales y humanos del Sistema Nacional de Salud para el cálculo de infraestructura disponible. Para la obtención del número de asociaciones civiles en México, por entidad, se recurrió al Sistema de Información del Registro Federal de las OSC (SIRFOSC) en complemento con estadísticas de población del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

4.2 Datos

El proyecto LAPOP alberga al Barómetro de las Américas, que es una herramienta para evaluar las opiniones, actitudes y experiencias sobre la democracia y gobernabilidad en distintos países de América Latina. Cada periodo de levantamiento

se denomina ronda y se lleva a cabo en todos los países de la muestra que, con la ponderación adecuada, permite realizar comparaciones válidas por personas, regiones, países y tiempo.

Para el caso de México, la primera ronda se llevó a cabo en 2004 y, la última al momento, corresponde a la ronda 2021, pero por razones de incompatibilidad no se empleó en la presente investigación. Para el caso de México, las rondas 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019 muestran continuidad metodológica y temática. En estas rondas, las muestras oscilan entre 1,556 y 1,580 personas a partir de una muestra probabilística nacional de adultos en edad de votar. La encuesta utilizó un diseño de muestra probabilístico polietápico y con una estratificación primaria por regiones geográficas: norte, centro, centro-occidental y sur, a criterio de los diseñadores del instrumento[12]. A su vez, cada estrato fue subestratificado por tamaño de municipio[13] y por áreas urbanas y rurales[14]. Los encuestados fueron seleccionados en grupos de seis[15] en áreas urbanas y rurales. En este sentido, la muestra es representativa de la población en edad de votar a nivel de estrato primario, por zonas urbanas/rurales y por tamaño de municipio (LAPOP, 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017, 2019).

Las ocho rondas consideradas integran una muestra de 12,519 casos que fueron agrupados por elección presidencial en México. Esta clasificación se realizó en función

[12] La zona norte (1) incluye: Baja California, Coahuila, Chihuahua, Durango, Nuevo León, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tamaulipas y Zacatecas. La zona centro (2) incluye: Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit y Querétaro. La zona centro-occidental (3) incluye: Distrito Federal, Hidalgo, México, Morelos, Puebla y Tlaxcala. La zona sur (4) incluye: Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán. En algunas jornadas se excluyen Baja California Sur, Campeche y Colima.

[13] Para la subestratificación los municipios se agrupan por tamaño de la siguiente manera: (1) municipios pequeños con menos de 25,000 habitantes, (2) municipios medianos con entre 25,000 y 100,000 habitantes y, (3), municipios grandes con más de 100,000 habitantes. Esta clasificación es independiente de la variable "tamano" empleada en el modelo.

[14] El margen de error estimado para cada encuesta es: 2004 de ± 2.8, 2006 de ± 2.8, 2008 de ± 2.48, 2010 de ± 2.48, 2012 de ± 2.5, 2014 de ± 2.5, 2017 de ± 2.5 y 2019 de ± 2.5.

[15] Para las jornadas: 2004, 2006, 2008 y 2010 los encuestados fueron seleccionados en grupos de 12 en áreas urbanas y rurales. En 2012 se introdujeron cambios en el diseño muestral para reducir la varianza intermunicipal, para el caso de México la estratificación primaria y secundaria permaneció sin cambios.

de la pregunta VB2, variable dependiente en el modelo, que pregunta si la persona votó en las elecciones presidenciales pasadas, indicando el año específico, ver Tabla 3. Para garantizar el funcionamiento del modelo se eliminaron valores NA[16] para todas las variables consideradas quedando 8,793 casos válidos.

Tabla 3

Distribución de los casos de cada jornada LAPOP por elecciones presidenciales de México en función de la pregunta VB2

Elecciones	2000	2006	2012	2018
N total por jornada	2004, N=1,556 2006, N=1,560	2008, N=1,560 2010, N=1,562 2012, N=1,560	2014, N=1,578 2017, N=1,563	2019, N=1,580
N total por elección	3,116	4,682	3,141	1,580
N total	12,519			

Dada la naturaleza de la pregunta, el tiempo y la metodología de la encuesta, se asume un sesgo de memoria que podría influir en su respuesta, aunado al sesgo de deseabilidad social ya argumentado. Para aproximarse a este efecto se calcularon los días de diferencia entre la elección presidencial inmediata anterior y la fecha en que se terminó de aplicar la encuesta, lo deseable sería calcular este efecto por persona, sin embargo, no todas las bases reportan de forma consistente la fecha en que se aplicó la encuesta a una determinada persona. Ver Tabla 4.

[16] De acuerdo con cada variable los valores no válidos corresponden a: 0, 8,88,98, y 99.

Tabla 4

Diferencia en días respecto al día de elección presidencial y la fecha de finalización del trabajo de campo para las jornadas LAPOP en México

	Jornadas LAPOP México							
Día de elección	2004	2006	2008	2010	2012	2014	2017	2019
02-julio-2000	1,354	2,188						
02-julio-2006			604	1,331	2,058			
01-julio-2012						603	1,726	
01-julio-2018								269

4.3 Variables

El propósito de este trabajo es introducir un modelo del voto presidencial en México que incorpore a las instituciones formales e informales para evaluar el impacto de estas en la propensión de votar. Para acotar el modelo de acuerdo al marco teórico primero hay que establecer el vínculo entre las instituciones—restricciones—y resultados—una acción colectiva—, tal vínculo es el comportamiento (Diermeier y Krehbiel, 2003). Bajo esta lógica, se enmarca en una teoría de comportamiento de "normas descriptivas y prescriptivas" que reconoce que las normas afectan la toma de decisiones, que existen hábitos culturales que se aprenden de la interacción con otros (Schlüter et al., 2017) y que la observación de las normas puede ser consciente e inconsciente (Sok et al., 2021).

Se propone un modelo que contempla, como variable dependiente, la propensión de votar de una persona y, como variables independientes, un conjunto de magnitudes que pretenden aproximarse a las instituciones informales, operacionalizadas como capital social cognitivo o cultural, capital social estructural y actitudes políticas y, por otro lado, a las instituciones formales que se operacionalizan son: el número efectivo de partidos políticos (NEPEL), la participación electoral,

ambos a nivel sección, distrito y estado, además de la concurrencia de elecciones estatales y federales.

4.3.1 Variable dependiente

Por la naturaleza de los datos que se emplean se ocupará como variable dependiente a la participación electoral calculada a partir de la población en edad de votar que, para el caso de México, es equivalente a la población elegible para votar. La fuente de esta magnitud es auto informada asumiendo los sesgos por memoria y de presión social, de la pregunta VB2 de las jornadas LAPOP: 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019 agrupadas para las últimas cuatro elecciones presidenciales en México: 2000, 2006, 2012 y 2018.

4.3.2 Instituciones informales

Las instituciones informales, desde el punto de vista sociológico, corresponden a las prescripciones que dan forma a la interacción entre personas para organizar la acción colectiva (Olson, 1992; Ostrom, 2000a). Estas suelen ser pautas no documentadas que se originan, comunican y aplican al margen de los canales oficiales de sanción (Helmke y Levitsky, 2004).

Estas estructuras o instituciones informales son una forma de conocimiento tácito que constituye un conjunto de orientaciones cognitivas y proposiciones que se pueden entender como capital social (Stiglitz, 2000). En el capital social se identifican dos componentes, uno *cultural* y otro *estructural* (Van Deth, 2003). A partir de esta clasificación se han organizado estas variables. Esta clasificación también es empleada por (Somuano, 2013).

Según Ronald Inglehart (1999) y Eric Uslaner (2003), la confianza es un *recurso cultural*, heredado a lo largo de años de historia de un país. Inclusive, se ha

demostrado que el lugar donde un individuo vive determina su nivel de confianza, pero lo hace con mucha más fuerza el origen familiar (Uslaner, 2008b). Un argumento congruente con el de Marcel Fafchamps, que indica que la confianza puede entenderse como una expectativa o creencia optimista respecto al comportamiento de otros agentes (2004).

4.3.2.1 Capital social cognitivo o cultural. Se ha conceptualizado a la confianza como un recurso cultural (Uslaner, 2003) y como una creencia (Yamagishi y Yamagishi, 1994; Hardin, 2002; Ahn y Ostrom, 2008). Una de las importantes es la Confianza interpersonal (pregunta it1) , clasificada como una confianza particularizada y, en otro nivel, se ubica la confianza en las instituciones -entendidas como agentes- y se puede interpretar como la certeza o credibilidad en el marco institucional (Uslaner, 2008a). Respecto a esta última clasificación se ha incluido: confianza en el Congreso (b13), confianza en los partidos (b21) y confianza en el presidente municipal (b32). Ver Anexo 1.

4.3.2.2 Capital social estructural. Bajo la misma lógica, el capital social se puede entender como una característica emergente a toda una red o grupo de personas (Esser, 2008) y se puede entender como la sistematización de los efectos de las relaciones sociales (Castiglione, 2008). En este caso, la red se puede entender como el conjunto de vínculos, enlaces y relaciones entre un conjunto finito de personas (Durlauf y Fafchamps, 2005; Ahn y Ostrom, 2008). Se incluyó la periodicidad con la que una persona asiste a asociaciones religiosos (cp6), la periodicidad con la que asiste o atiende reuniones de padres de familia (cp7), la periodicidad con la que asiste a reuniones del comité de mejora de la comunidad o reuniones vecinales (cp8) y la periodicidad con la que asiste a reuniones de un partido o movimiento políticos (cp13).

De igual forma se incluyó el número de Organismo de la Sociedad Civil (OSC) por cada 100,000 habitantes, por estado, tal como lo hace (Somuano, 2013) en su modelo del voto. Estos datos se obtuvieron del Sistema de Información del Registro Federal de las OSC (SIRFOSC). Para la creación de este indicador, se tomó en cuenta la fecha de constitución proporcionada en el Sistema, bajo la condición de que las organizaciones hubieran registrado su informe de actividades en la plataforma cada año a partir de 2000. Esto se hizo para asegurarse de que se incluyeran organizaciones actualizadas y como una aproximación de su actividad real. La medida consistió en sumar el número total de Organizaciones de la Sociedad Civil activas para cada elección presidencial.

También se incluyó las donaciones de sangre como un componente del capital social estructural, que depende de motivaciones internas (Guiso et al., 2004). Se consideraron el número de donadores de sangre a nivel estado calculados como proporción de dos magnitudes, la primera, como proporción de los bancos de sangre disponibles en cada estado y, la segunda, por cada 1,000 habitantes en cada estado. Los datos se obtuvieron de fuentes oficiales, por un lado, del Centro Nacional de la Transfusión Sanguínea, de la Secretaría de Salud de México y, por el otro, del Sistema Nacional de Salud para el cálculo de infraestructura disponible.

4.3.2.3 Actitudes políticas. De igual forma se incluyeron dos actitudes políticas importantes que típicamente son asociadas a la participación política, la satisfacción con la democracia (pn4) y asistencia a reuniones municipales (np1). Si bien existen otro tipo de actitudes políticas que son contempladas en los modelos de participación política, por ejemplo (Durand, 2004; Klesner, 2012; Somuano, 2013), sólo se ha considerado estas dos por restricciones en la base de datos, pues son las únicas dos actitudes que son medidas desde 2000.

4.3.3 Instituciones formales

Como una manera de aproximarse a las instituciones formales vinculadas con la participación electoral en las elecciones presidenciales, se proponen tres medidas. En primer lugar, se considera la participación electoral a nivel de sección, distrito y estado. En segundo lugar, se emplea el Número Efectivo de Partidos Electorales (NEPEL) a nivel de sección, municipio y estado. Por último, se examina la concurrencia electoral, que refleja la coincidencia de elecciones presidenciales con elecciones para gobernador en cada entidad.

Los datos electorales se obtuvieron del INE para las elecciones presidenciales de 2000, 2006, 2012 y 2018[17]. Con los mismos datos y para todos los casos se calculó Número Efectivo de Partidos Electorales (NEPEL) a nivel sección, municipio y estado. Esta proporción se calcula como el inverso de la sumatoria al cuadrado del porcentaje de votos obtenido por cada partido, en cada nivel electoral. Esta magnitud proporciona una buena aproximación al nivel de fragmentación del sistema de partidos, ya que captura la cantidad teórica de partidos de tamaño similar que comparten el voto en una circunscripción específica (Sonnleitner, 2018, p. 97). La relación entre bases de datos se realizó mediante una unión externa de bases, utilizando claves únicas en cada elección presidencial para cada sección, municipio y estado. Del mismo modo, la participación electoral a nivel de sección, municipio y estado se calculó dividiendo el total de votos en cada nivel electoral entre la lista nominal correspondiente.

En cuanto a la concurrencia electoral, hay dos escenarios posibles. En el primer escenario, existe una concurrencia total, lo que significa que las elecciones presidenciales y para gobernador se celebran en el mismo año y día. En el segundo escenario, las elecciones se llevan a cabo en el mismo año, pero en días o meses

diferentes. Para los fines del modelo presentado, y para abordar posibles sesgos de memoria, se consideró que hay una "elección concurrente" si coinciden en el mismo año de la elección presidencial[18].

4.3.4 Variables de control

Respecto a las variables de control se consideró edad (q2), sexo (q1), escolaridad (ed), ingreso (q10) y tamaño de la localidad donde vive la persona encuestada (tam).

4.4 Métodos de estimación

4.4.1 Exploración de los datos en función del voto, regiones y años electorales

De acuerdo con los datos empleados, la probabilidad general de una persona de votar en las últimas cuatro elecciones presidenciales es de .73. Para el 2000, primer año electoral del estudio, la probabilidad asciende a .74, mientras que para 2006 es de .71, para el 2012 de .72 y, por último, para el 2018 de .80. La probabilidad general de una persona de votar, de acuerdo con la región a la que pertenece es de .73, .72, .74 y .74 respectivamente para las regiones: norte, centro, centro-occidental y sur. Se puede esperar un comportamiento homogéneo del comportamiento del voto en función de las regiones.

---

[17] En el caso de la elección presidencial de 2000, no se encontró la lista nominal en el portal "Atlas de Resultados de las Elecciones Federales 1991-2015". Se realizó una solicitud de información pública a través de la Plataforma Nacional de Transparencia en México. Puedes rastrear la solicitud en el siguiente enlace: https://www.plataformadetransparencia.org.mx con el número de folio: 330031423000508.

[18] Para el Distrito Federal, hoy Ciudad de México, Guanajuato, Jalisco y Morelos se dio una concurrencia en año y día, para las elecciones de 2000, 2006, 2012 y 2018. Para el caso de Yucatán se dio una concurrencia en año y día para las elecciones de 2012 y 2018. Para Puebla y Veracruz se dio una concurrencia en año y día para la elección de 2018. Para el caso de Chiapas se dio una concurrencia en el año para las elecciones de 2000, 2006, 2012 y 2018. En Tabasco se dio una concurrencia en el año para las elecciones del 2006, 2012 y 2018.

Tomando como base la elección presidencial de 2000, la razón de probabilidad de una persona de votar en elecciones presidenciales de 2006 es de .86 y, de 2006 para 2012 es de 1.05 y, de 2012 para la elección de 2018 es de 1.55[19]. Esto significa que, en México, la probabilidad de votar en elecciones presidenciales, para una persona en promedio, ha aumentado de una elección a otra. Ver Tabla 5.

Tabla 5

Probabilidades, odds y OR de votar en México, en las elecciones presidenciales de 2000, 2006, 2012 y 2018

	Probabilidades	Odds	OR (año anterior)
2000	.74	2.84	-
2006	.71	2.44	.86
2012	.72	2.57	1.05
2018	.80	4	1.55

Se reconoce un sesgo positivo en estos resultados, ya que la participación electoral oficial en las elecciones presidenciales de 2000, 2006, 2012 y 2018 fue 63.97%, 58.55%, 62.61% y 65.43% respectivamente. Sin embargo, la tendencia y cambios marginales son similares.

4.4.2 Modelo logit general del voto presidencial

Por la naturaleza y origen de los datos empleados se asume una estructura de tipo sección transversal o *cross section* dado que se obtuvieron de muestras independientes y para cada caso i existe sólo un registro en el tiempo. Por la naturaleza binaria de la variable dependiente (votó o no votó en las elecciones presidenciales

[19] Una probabilidad de 1 indica eventos igualmente probables, es decir, probabilidad de votar en elecciones presidenciales es igual a la probabilidad de *no* votar en elecciones presidenciales.,

pasadas) se propone un modelo de regresión no lineal, es este caso un modelo de regresión logística o logit. Y, al emplear respuestas individuales i no agrupadas, se asume que las respuestas siguen una distribución de Bernoulli con media π y varianza $\pi(1 - \pi)$, donde π se refiere a la probabilidad de respuesta o de éxito, en este caso la probabilidad de votar $(y = 1)$. Así, un modelo logit parte de la transformación no lineal de un modelo lineal que garantiza que las probabilidades predichas siempre estarán entre 0 y 1. La forma general de un modelo logit se específica de la siguiente manera: $\pi_i = F(\beta_0 + \beta_1 x_i)$.

Dónde F es la función transformadora o de enlace que asigna una probabilidad π que se encuentra en 0 y 1 para cualquier valor en el rango $(-\infty, +\infty)$ y generalmente F se asigna como una función de distribución acumulativa, en este caso de distribución logística. A partir de la ecuación 1 se puede obtener una versión no transformada en el lado derecho aplicando su función inversa para quedar de la siguiente forma: $F^{-1}(\pi_i) = \beta_0 + \beta_1 x_i$. Donde F^{-1} es la función inversa de F. Así, esta última ecuación se puede definir como un modelo lineal generalizado, teniendo en el lado izquierdo una transformación no lineal de π y, en el lado derecho, una relación lineal en términos de los parámetros β_0 y β_1 tal como sucede en un modelo de regresión lineal.

A partir del modelo lineal generalizado, se puede aplicar una función de enlace logit que se implica la transformación logística de $\beta_0 + \beta_1 x_i$ que se define como:

$$\pi_i = F(\beta_0 + \beta_1 x_i) = \frac{\exp(\beta_0 + \beta_1 x_i)}{1 + \exp(\beta_0 + \beta_1 x_i)} = \frac{e^{(\beta_0 + \beta_1 x_i)}}{1 + e^{(\beta_0 + \beta_1 x_i)}} \quad (1)$$

Dado que $exp(\beta_0 + \beta_1 x_i)$ siempre será mayor que cero cualquiera que sea el valor de $\beta_0 + \beta_1 x_i$ entonces el resultado de la ecuación 1 siempre se encontrará entre 0 y 1. La ecuación 1 expresa la probabilidad de respuesta como una función no lineal, para expresarla en forma lineal se puede transformar aplicando el logaritmo para

quedar: $\log\left({\pi_i}/{(1-\pi_i)}\right) = \beta_0 + \beta_1 x_i$. Donde ${\pi_i}/{(1-\pi_i)}$ se conoce como la probabilidad de que $y = 1$ y el $log\left({\pi_i}/{(1-\pi_i)}\right)$ como las probabilidades logarítmicas de que $y = 1$. La ecuación 1 se conoce como modelo logit y es la función básica que será empleada en este trabajo.

Con una y binomial, el modelo logit se convierte en el método más conveniente frente a los modelos de probabilidad lineal por cuatro supuestos básicos que exigen los modelos lineales y no es posible cumplirlos con una y de esta naturaleza.

El primero es que la regresión lineal tiene el supuesto de que los residuos e_i se distribuyen normalmente para x_i fijo. A partir de una regresión lineal del tipo: $y_i = \beta_0 + \beta_1 x_i + e_i$, los residuos se definen como:$e_i = y_i - (\beta_0 + \beta_1 x_i)$ y, dado que y solo puede tomar los valores de 1 y 0, los errores quedarían de la siguiente forma: si $y = 1$ entonces $e_i = 1 - (\beta_0 + \beta_1 x_i)$ y, si $y = 0$ entonces $e_i = -(\beta_0 + \beta_1 x_i)$. Esto invalida el supuesto de que los residuos se distribuyen normalmente en una regresión lineal.

El segundo supuesto es que los e_i tienen una varianza constante σ_e^2, lo que se conoce como homocedasticidad. Sin embargo, la varianza para una y_i binaria para un x_i dado viene dado por: $var(y_i) = \pi_i(1-\pi_i) = (\beta_0 + \beta_1 x_i)[1 - (\beta_0 + \beta_1 x_i)]$. A partir de esta expresión se puede deducir que la varianza residual depende de x_i, por lo que es heterocedástica.

El tercer supuesto es que es que en una regresión lineal se supone una relación lineal entre y y x, sin embargo, este supuesto no se cumple para π cercano a 0 o 1 (Steele, 2019). El cuarto supuesto es que la probabilidad se encuentra en 0 y 1, sin embargo, en un modelo de probabilidad lineal las respuestas predichas pueden estar fuera de este rango.

Los modelos logit se estiman utilizando la estimación de máxima verosimilitud, un método general para ajustar modelos de regresión. La función de verosimilitud expresa la probabilidad conjunta de obtener las respuestas observadas y_i en función de los parámetros desconocidos del modelo bajo cualquier suposición distribucional hecha sobre y_i, distribución de Bernoulli en este caso. El objetivo de la estimación de máxima verosimilitud es encontrar los valores de los parámetros que maximizan esta probabilidad conjunta, denominados estimadores de máxima verosimilitud a través de procesos iterativos, es decir, el proceso parte de algunas estimaciones iniciales de estos parámetros que en lo sucesivo se actualizan, hasta llegar a un punto mínimo de tolerancia, a este punto se le llama convergencia (Hosmer et al., 2013).

Para el presente trabajo se ha empleado R Studio con el paquete “lme4” en su versión 1.1-34 (Bates et al., 2023) que permite resolver y analizar modelos con efectos mixtos, en este caso modelos generalizados, con buen rendimiento[20].

[20] Todas las rutinas también fueron evaluadas en STATA utilizando el comando "xtmelogit", que posibilita la estimación y análisis de modelos generalizados con efectos mixtos.

Capítulo V. Resultados

En este capítulo se presentan los resultados obtenidos a partir de la metodología expuesta anteriormente. Los resultados están organizados en función de los efectos fijos y aleatorios relacionados con las regiones y años electorales.

5.1 Modelo logit multinivel con efectos mixtos del voto presidencial

Para responder las hipótesis planteadas se optó por resolver el modelo de regresión logística con un modelo multinivel de pendiente aleatoria con efectos mixtos. La primera razón para elegir este modelo es que en los datos se reconoce la existencia de una estructura que se corresponde con una situación del mundo real, en este caso, personas que se ubican en distintas regiones clasificadas en distintos momentos en el tiempo, misma estructura que es de interés para el presente trabajo. Análogamente se puede asumir una estructura en función de las jornadas electorales, agrupando en cada una a las personas que respondieron votar o no votar en dicha elección.

Se consideró una estructura de dos niveles donde un total de n individuos se encuentran en el nivel 1 o atómico anidados dentro de h o j grupos, es decir, nivel 2 con n_h o n_j individuos en el grupo h o j respectivamente. En este trabajo empleamos la palabra grupo para referirnos a cualquier unidad de nivel 2.

En el nivel 1 o atómico se encuentran los 8,793 individuos indexados con el subíndice i que se anidan en una y sólo una unidad de nivel superior, en este caso, las cuatro regiones indexadas por el subíndice h y, de forma alternativa por año de elección presidencial indexados por el subíndice j.

La segunda razón para emplear un modelo multinivel, que los datos no se encuentran balanceados, sin embargo, este tipo de modelos no requieren que haya el

mismo número de unidades de nivel inferior i en todas y cada una de las unidades de nivel superior h o j (Steele, 2019).

La tercera razón para emplear este modelo es por el origen muestral de los datos empleados, los cuales provienen de un proceso probabilístico polietápico con tres estratificaciones: por región, por municipio y por tipo de área. Este tipo de diseños dan estimaciones de precisión incorrectas, con errores estándar demasiado bajos, además de un mayor riesgo de errores de Tipo I, esto se debe a que los encuestados dentro de las Unidades Primarias de Muestreo (UPM) tienden a parecerse creando un grado de dependencia (Jones, 1997), sin embargo, en los modelos multinivel se modela explícitamente esta dependencia y se corrige, además de que dicha relación es objeto de interés en el presente trabajo.

De esto último se desprende la cuarta razón, y es que se espera analizar los efectos cruzados entre el nivel atómico y superior, es decir, de individuos i y regiones h o años electorales j, esto último se logra al permitir que el modelo tenga una pendiente aleatoria, que supone que el efecto de las variables explicativas a nivel individuo i es distinto en cada región h o año electoral j.

5.2 Modelo nulo logit simple y con efectos mixtos del voto presidencial

Para construir el modelo final, primero es necesario determinar si existe varianza entre los grupos de nivel superior seleccionados, regiones h o años electorales j, es decir, determinar si alguna de estas clasificaciones explica parte de las diferencias en el voto presidencial. Para determinar esta diferencia se debe comparar un modelo nulo sin efectos aleatorios de grupo con un modelo nulo con efectos aleatorios de grupo. El primero, un modelo sin efectos de grupo M_0 se define como:

$$log\left(\frac{\pi_i}{1-\pi_i}\right) = \beta_0 \tag{2}$$

Donde $\left(\frac{\pi_i}{1-\pi_i}\right)$ se conoce como la probabilidad de que $y = 1$, en este caso, que una persona haya votado en las elecciones presidenciales y $\log\left(\frac{\pi_i}{1-\pi_i}\right)$ es la probabilidad logarítmica, también conocida como logit, de que $y = 1$. Este modelo contempla sólo el nivel atómico i y, al considerarse vacío, no contempla ninguna variable explicativa.

El segundo modelo nulo M_{01}, con efectos aleatorios de grupo, para las regiones h, se define como:

$$log\left(\frac{\pi_{ih}}{1-\pi_{ih}}\right) = \beta_0 + u_{0_h} \tag{3}$$

Donde el intercepto β_0 es compartido por todos los grupos, en este caso las regiones, mientras que el efecto aleatorio u_{0_h} es específico de la región h. Se supone que el efecto aleatorio sigue una distribución normal con varianza σ_{u0}^2.

De forma equivalente, el segundo modelo nulo M_{02}, con efectos de grupo para los años electorales j, se define como:

$$log\left(\frac{\pi_{ij}}{1-\pi_{ij}}\right) = \beta_0 + u_{0_j} \tag{4}$$

Donde el intercepto β_0 es compartido por todos los grupos, en este caso los años electorales, mientras que el efecto aleatorio u_{0_j} es específico del año electoral j. Se supone que el efecto aleatorio sigue una distribución normal con varianza σ_{u0}^2.

Cada variante del modelo nulo M_{01} y M_{02} se compararon respectivamente con el modelo M_0 a través de la razón de verosimilitud que se define como $LR = -2logL_1 - (-2logL_2)$ donde L_1 es el modelo restringido (sólo intercepto) que en nuestro caso es M_0, bajo la hipótesis nula (H_0) de que $\sigma_{u0}^2 = 0$ y una hipótesis alternativa unilateral (H_1) de que $\sigma_{u0}^2 > 0$, dado que por definición las varianzas no

son negativas. Para el modelo M_{01} el estadístico de prueba es 0 que, al compararlo con la distribución chi-cuadrado con un grado de libertad, resulta no significativo a un nivel suficiente, por lo que no se puede rechazar la hipótesis nula. Es decir, no existe evidencia para demostrar que la varianza entre regiones h sea mayor a cero. Las posibles razones de este hallazgo se discutirán más adelante, pero desde las probabilidades mostradas anteriormente se puede notar la homogeneidad del voto entre las distintas regiones en México.

Bajo las mismas hipótesis $(H_0 = \sigma_{u0}^2 = 0, H_1 = \sigma^2 > 0)$, para el modelo M_{02}, el estadístico de prueba es 34.61[21] que, al compararlo con la distribución chi-cuadrado con un grado de libertad, se obtiene un $p \leq .001$ por lo que existe evidencia de que la varianza entre años electorales j es distinta de cero. Ver Tabla 6.

El exponente del intercepto en el modelo M_{02}, $\exp(1.05) = 2.84$, es el mismo que se obtuvo al calcular los *odds* por año electoral, en este caso para el 2000, que es el año de referencia (ver Tabla 5). Esto permite comprobar que el modelo y la rutina de comandos muestran resultados consistentes.

[21] En este caso el p-valor correcto es la mitad del obtenido de las tablas de distribución chi-cuadrado con un grado de libertad, es decir: 17.30, para más detalles sobre esta solución ver (Snijders y Bosker, 1999). Sin embargo, aún permanece significativo con $p \leq .001$.

Tabla 6

Parámetros del modelo y bondad de ajuste para una regresión logística multinivel de intercepto fijo, con efectos de grupo (regiones) del voto presidencial en México M_{01} y una regresión logística multinivel de intercepto fijo, con efectos de grupo (años), del voto presidencial en México M_{02}

Efecto	Parámetro	M_{01}	M_{02}
Intercepto	β_0	1*** (0.02)	1.05*** (0.09)
	Efectos aleatorios		
Componentes de varianza			
Nivel 2	σ_{u0}^2	1e-12	0.03
	Bondad de ajuste		
Desviación		14,414.90	14,380.20
$\Delta\chi^2$		0	34.61†
Δdf		1	1

Nota: Los errores estándar se reportan entre paréntesis. † $p \leq .001$, * $p \leq .05$, ** $p \leq .01$, *** $p \leq .001$.

Por ahora, se descarta a la región como un clasificador o grupo de segundo nivel, todos los modelos subsecuentes emplearán como grupo de segundo nivel a los años electorales indexados con el subíndice j.

5.3 Modelos logit anidados con efectos mixtos del voto presidencial

Bajo la forma de modelos anidados, se propone un nuevo modelo multinivel, de intercepto aleatorio y pendiente fija, con efectos mixtos llamado M_3. En este modelo se han incluido sólo variables que reflejan las características de las personas: edad, sexo, escolaridad, ingreso y tamaño de la localidad donde viven, estas variables también se conocen como variables de control. El modelo M_3se define como:

$$log\left(\frac{\pi_{ij}}{1-\pi_{ij}}\right) = \beta_0 + \sum(\beta_m x_{im}) + u_{0_j} \tag{5}$$

Dónde el intercepto β_0 es compartido por todos años electorales, mientras que el efecto aleatorio es específico del año electoral j. $\sum(\beta_m x_{im})$ corresponde al sumatorio de variables dependientes x_{im} con sus respectivos β_m, con m que va de 21 hasta 25 y que corresponden a las características de las personas. Asimismo, se

supone que el efecto aleatorio sigue una distribución normal con varianza σ_{u0}^2. En este modelo, el efecto de las características personales se asume como el mismo para todos los años electorales y se modela un efecto aleatorio asociado a los años electorales u_{0_j}. Se puede notar que la varianza σ_{u0}^2 no cambió, por lo que se puede concluir que el efecto de estas características personales sobre el voto presidencial es homogéneo de un año a otro y, respecto al modelo anterior, explica poco sobre la varianza en el voto presidencial en México, para las últimas cuatro elecciones. Ver Tabla 7.

Bajo la misma lógica de modelos anidados, se propone un nuevo modelo multinivel, de intercepto aleatorio y pendiente fija, con efectos mixtos llamado M_4 para incluir las demás variables explicativas propuestas en este trabajo y detalladas en la sección anterior. El modelo M_4 se define como:

$$log\left(\frac{\pi_{ij}}{1-\pi_{ij}}\right) = \beta_0 + \sum(\beta_m x_{im}) + u_{0_j} \tag{6}$$

Dónde el intercepto β_0 es compartido por todos los grupos, en este caso los años electorales, mientras que el efecto aleatorio es específico del año electoral j. $\sum(\beta_m x_m)$ corresponde al sumatorio de variables dependientes x_m con sus respectivos β_m, con m que va de 1 hasta 25, que corresponde a todas las variables explicativas definidas en la sección anterior. Asimismo, se supone que el efecto aleatorio sigue una distribución normal con varianza σ_{u0}^2. Al igual que en el modelo previo, el efecto de todas estas variables se asume como el mismo para todos los años electorales, dado que sólo varía el intercepto, es decir, se modela un efecto asociado al año electoral pero las variables explicativas tienen el mismo efecto en todos los años electorales.

En el modelo M_4 se puede notar que la varianza σ_{u0}^2 del intercepto o varianza general disminuye de 0.03 a 0.02 y la razón de verosimilitud entre M_3 y M_4 asciende a

2,208.80 que, al compararlo con la distribución chi-cuadrado con 20 grados de libertad, se puede concluir que existe evidencia para demostrar que esta varianza es distinta a cero, bajo las hipótesis $H_0 = \sigma_{u0}^2 = 0$ y $H_1 = \sigma^2 > 0$. Las variables explicativas incluidas, en general, aportan a la explicación de la varianza en el voto presidencial. Ver Tabla 7.

Tabla 7

Parámetros del modelo y bondad de ajuste para tres regresiones logísticas multinivel de intercepto fijo, con efectos de grupo, del voto presidencial en México. Comparativa de modelos anidados: M_{02}, M_{03} y M_{04}

Efecto	Parámetro	M_{02}	M_3	M_4
		Efectos fijos		
Intercepto	β_0	1.05***	-2.95***	-1.07
		(0.09)	(0.18)	(2.57)
Instituciones informales				
Capital social cognitivo				
Confianza interpersonal	β_1	-	-	-0.09** (0.03)
Confianza en el Congreso	β_2	-	-	0.02 (0.01)
Confianza en los partidos	β_3	-	-	0.05** (0.01)
Confianza en el presidente municipal	β_4	-	-	-0.01 (0.01)
Capital social estructural				
Asociación religiosa	β_5	-	-	-0.03 (0.02)
Asociación de padres de familia	β_6	-	-	-0.22*** (0.03)
Comité de mejora de la comunidad	β_7	-	-	-0.20*** (0.04)
Partido o movimiento político	β_8	-	-	-0.22*** (0.05)
Organismos de la Sociedad Civil	β_9	-	-	-0.001 (0.00)
Donadores de sangre (bancos)	β_{10}	-	-	-0.007 (0.00)
Donadores de sangre (hab.)	β_{11}	-	-	-0.00 (0.00)
Actitudes políticas				

Tabla 7

Parámetros del modelo y bondad de ajuste para tres regresiones logísticas multinivel de intercepto fijo, con efectos de grupo, del voto presidencial en México. Comparativa de modelos anidados: M_{02}, M_{03} y M_{04}

Efecto	Parámetro	M_{02}	M_3	M_4
Satisfacción con la democracia	β_{12}	-	-	0.01 (0.03)
Asistencia a reunión municipal	β_{13}	-	-	-0.30** (0.10)
Instituciones formales				
Participación electoral sección	β_{14}	-	-	0.06 (0.26)
NEPEL sección	β_{15}	-	-	0.50 (0.55)
Participación electoral municipal	β_{16}	-	-	0.037 (0.58)
NEPEL Municipal	β_{17}	-	-	0.39 (1.52)
Participación electoral estatal	β_{18}	-	-	3.03*** (0.75)
NEPEL Estatal	β_{19}	-	-	-1.66 (2.49)
Concurrencia	β_{20}	-	-	0.04 (0.07)
Variables de control				
Edad	β_{21}	-	0.33*** (0.04)	0.26*** (0.05)
Sexo	β_{22}	-	0.07*** (0.00)	0.07*** (0.00)
Escolaridad	β_{23}	-	0.08*** (0.00)	0.09*** (0.00)
Ingreso	β_{24}	-	0.00 (0.00)	0.00 (0.00)
Tamaño de comunidad	β_{25}	-	0.06*** (0.01)	0.06** (0.02)
Efectos aleatorios				
Componentes de varianza				
Nivel 2	σ^2_{u0}	0.03	0.03	0.02
Bondad de ajuste				
Desviación		14,380.20	10,825.90	8,617
$\Delta\chi^2$		34.61†	3,554.39†	2,208.80†
Δdf		1	5	20

Nota: Los errores estándar se reportan entre paréntesis. † $p \leq .001$, * $p \leq .05$, ** $p \leq .01$, *** $p \leq .001$.

En el modelo M_4 más de la mitad de las variables explicativas añadidas resultaron no significativas en el rango deseado $(p \leq .001)$ por lo que se propone un nuevo modelo llamado M_5 que considera sólo las variables explicativas que resultaron significativas al .99 y .999, es decir, un $p \leq .01$ y $p \leq .001$ respectivamente. En este caso a pesar de que la variable ingreso (β_{24}) ha resultado no significativa se ha conservado en el modelo por su relevancia teórica en la explicación del voto presidencial y por ser una variable de control importante. Ver Tabla 7.

El modelo M_5 también corresponde a un modelo multinivel con intercepto fijo y efectos mixtos que se define como:

$$log\left(\frac{\pi_{ij}}{1-\pi_{ij}}\right) = \beta_0 + \beta_1 x_{i1} + \beta_3 x_{i3} + \beta_6 x_{i6} + \beta_7 x_{i7} + \beta_8 x_{i8} + \beta_{13} x_{i13} + \beta_{18} x_{i18} + \sum(\beta_m x_{im}) + u_{0_j} \quad (7)$$

Dónde el intercepto β_0 es compartido por todos los años electorales, mientras que el efecto aleatorio es específico del año electoral j. Con las variables explicativas: confianza interpersonal (β_1), confianza en los partidos (β_3), asistencia a una asociación de padres de familia (β_6), asistencia a un comité de mejora de la comunidad (β_7), asistencia a un partido o movimiento político (β_8), asistencia a reunión municipal (β_{13}) y participación electoral estatal (β_{18}). $\sum(\beta_m x_m)$ corresponde al sumatorio de variables dependientes x_m con sus respectivos β_m, con m que va de 21 hasta 25 y que corresponden a las características de las personas. Asimismo, se supone que el efecto aleatorio sigue una distribución normal con varianza σ^2_{u0}. Al igual que en el modelo previo, el efecto de todas estas variables se asume como el mismo para todos los años electorales, dado que sólo varía el intercepto. En el modelo M_5 la varianza permanece en el mismo nivel, por lo que se puede suponer que las variables eliminadas aportan poco a la explicación de la varianza del voto presidencial. Ver Tabla 8.

Dado que se desea conocer el efecto de estas variables en cada uno de los años electorales, se propone un nuevo modelo multinivel de pendiente aleatoria y efectos mixtos llamado M_6. Al permitir que la pendiente también varíe, se modelan efectos específicos de las variables independientes para todos los años electorales. En este caso las variables que explican las características de las personas se han dejado fijas, es decir, su efecto no varía de un año a otro, dado que en modelos anteriores se ha comprobado la homogeneidad de su efecto. El modelo M_6 se define como:

$$log\left(\frac{\pi_{ij}}{1-\pi_{ij}}\right) = \beta_0 + \beta_1 x_{1_{ij}} + \beta_3 x_{3_{ij}} + \beta_6 x_{6_{ij}} + \beta_7 x_{7_{ij}} + \beta_8 x_{8_{ij}} + \beta_{13} x_{13_{ij}} + \beta_{18} x_{18_{ij}} + \sum(\beta_m x_{m_{ij}}) + u_{0_j} + u_{1j} x_{1ij} + u_{3j} x_{3ij} + u_{6j} x_{6ij} + u_{7j} x_{7ij} + u_{8j} x_{8ij} + u_{13j} x_{13ij} + u_{18j} x_{18ij} \quad (8)$$

Donde los ocho efectos aleatorios a nivel de grupo siguen una distribución normal:

$$u = \begin{pmatrix} u_{0_j} \\ u_{1_j} \\ u_{3_j} \\ u_{6_j} \\ u_{7_j} \\ u_{8_j} \\ u_{13_j} \\ u_{18_j} \end{pmatrix} \sim MVN\ (0, \boldsymbol{\Omega}_u)$$

Y donde $\boldsymbol{\Omega}_u = \begin{pmatrix} \sigma_{u0}^2 & & & & & & & \\ \sigma_{u01} & \sigma_{u1}^2 & & & & & & \\ \sigma_{u02} & \sigma_{u12} & \sigma_{u3}^2 & & & & & \\ \sigma_{u06} & \sigma_{u16} & \sigma_{u36} & \sigma_{u6}^2 & & & & \\ \sigma_{u07} & \sigma_{u17} & \sigma_{u37} & \sigma_{u37} & \sigma_{u7}^2 & & & \\ \sigma_{u08} & \sigma_{u18} & \sigma_{u38} & \sigma_{u37} & \sigma_{u78} & \sigma_{u8}^2 & & \\ \sigma_{u013} & \sigma_{u113} & \sigma_{u313} & \sigma_{u37} & \sigma_{u713} & \sigma_{u813} & \sigma_{u13}^2 & \\ \sigma_{u018} & \sigma_{u118} & \sigma_{u318} & \sigma_{u37} & \sigma_{u718} & \sigma_{u818} & \sigma_{u1318} & \sigma_{u18}^2 \end{pmatrix}$

es la matriz de covarianza de los efectos aleatorios.

El modelo de voto M_6 con pendiente aleatoria para las siete variables explicativas antes mencionadas permite que las diferencias de sus efectos varíen de un año a otro, un modelado más adecuado para las hipótesis planteadas. Sin embargo, este modelo presenta un exceso de variación simultánea, implica que la varianza entre años depende conjuntamente de estas siete variables sin aportar mayor explicación. Bajo la hipótesis nula de que los 35 nuevos parámetros incluidos en Ω_u[22] son simultáneamente iguales a cero, el estadístico de prueba de razón de verosimilitud es de 23.87 con 35 grados de libertad. El valor crítico del 5% de una distribución de chi-cuadrado con 35 grados de libertad es de 49.80. Por lo tanto, no hay evidencia suficiente para rechazar la hipótesis nula, lo que significa que no se puede afirmar que las varianzas y covarianzas incluidas en el modelo sean mayores que cero.

Permitir que el efecto de las variables explicativas relacionadas con las instituciones informales y formales varíen de un año a otro y que además covaríen entre ellas no añade una mayor capacidad explicativa en su relación con el voto en comparación con el modelo M_5. Esto quiere decir que el efecto de estas viables ha permanecido sin cambios en las últimas cuatro elecciones presidenciales, no sólo entre elecciones sino dentro de cada elección, por tal motivo los coeficientes estimados en los modelos M_4 y M_6 son similares y sus respectivas varianzas son casi cero. Una excepción a esta homogeneidad es la participación electoral estatal (β_{18}) que no sólo mantuvo su significancia, sino que aumentó su coeficiente, de 2.60 a 2.86, además de que la varianza (σ^2_{u18}) es la más amplia. Ver Tabla 8.

[22] Las varianzas y covarianzas de los siete efectos aleatorios que se incluyeron, del segundo al octavo renglón de la matriz Ω_u.

Tabla 8

Parámetros del modelo y bondad de ajuste para una regresión logística multinivel de intercepto fijo del voto presidencial en México M_5 y una regresión logística multinivel de pendiente aleatoria, del voto presidencial en México M_6.

Efecto	Parámetro	M_5	M_6
	Efectos fijos		
Intercepto	β_0	-1.60*** (0.47)	-1.56*** (0.46)
Instituciones informales			
Capital social cognitivo			
Confianza interpersonal	β_1	-0.08** (0.02)	-0.08** (0.03)
Confianza en los partidos	β_3	0.05*** (0.01)	0.04 (0.03)
Capital social estructural			
Asociación de padres de familia	β_6	-0.23*** (0.02)	-0.21*** (0.03)
Comité de mejora de la comunidad	β_7	-0.23*** (0.03)	-0.24***(0.05)
Partido o movimiento político	β_8	-0.20*** (0.05)	-0.25** (0.09)
Actitudes políticas			
Asistencia a reunión municipal	β_{13}	-0.30** (0.09)	-0.27* (0.12)
Instituciones formales			
Participación electoral estatal	β_{18}	2.60*** (0.48)	2.86*** (0.76)
Variables de control			
Edad	β_{21}	0.07*** (0.00)	0.07*** (0.00)
Sexo	β_{22}	0.27*** (0.05)	0.27*** (0.05)
Escolaridad	β_{23}	0.08*** (0.00)	0.08*** (0.00)
Ingreso	β_{24}	0.00 (0.00)	0.00 (0.00)
Tamaño de comunidad	β_{25}	0.06** (0.02)	0.06** (0.02)
	Efectos aleatorios		
Componentes de varianza Nivel 2			
Intercepto	σ^2_{u0}	0.02	3.81e-05
	σ^2_{u1}	-	2.36e-04
	σ^2_{u3}	-	3.18e-03

Tabla 8

Parámetros del modelo y bondad de ajuste para una regresión logística multinivel de intercepto fijo del voto presidencial en México M_5 y una regresión logística multinivel de pendiente aleatoria, del voto presidencial en México M_6.

Efecto	Parámetro	M_5	M_6
	σ^2_{u6}	-	1.19e-03
	σ^2_{u7}	-	3.78e-03
	σ^2_{u8}	-	2.19e-02
	σ^2_{u13}	-	1.61e-02
	σ^2_{u18}	-	1.38
	Bondad de ajuste		
Desviación			
$\Delta\chi^2$			23.87
Δdf			35

Nota: Los errores estándar se reportan entre paréntesis. * $p \leq .05$, ** $p \leq .01$, *** $p \leq .001$.

5.4 Resultados de los modelos relacionados a las regiones

En total se resolvieron siete modelos planteados de forma anidada para comprobar los efectos asociados a grupos de nivel 2, es decir, a las regiones geográficas que LAPOP considera en sus estudios y a los años electorales, desde 2000 hasta 2018.

Los objetivos particulares relacionados a las regiones son, primero, determinar si existe variación entre regiones en la propensión del voto presidencial en México y, a partir de la conclusión de este, identificar si las diferencias en la propensión a votar entre regiones pueden explicarse por las diferencias entre las instituciones informales e informales de estas regiones.

Para cumplir este objetivo se propuso el modelo M_{01} que corresponde a un modelo nulo del voto presidencial con efectos aleatorios de grupo para las regiones.

Este modelo permite determinar si existen efectos sobre el voto presidencial asociados a las regiones, sin considerar ninguna otra variable explicativa.

En este modelo la varianza del intercepto resultó ser una cifra cercana a cero $(\sigma_{u0}^2 = 1e^{-12})$ y, al comparar este modelo con el modelo nulo M_0-sin efectos de nivel 2- a través de una prueba de razón de verosimilitud, se concluye que no existe evidencia estadística para demostrar que la varianza entre regiones, en función del voto, es mayor que cero. Ver Tabla 6.

Esto descarta la posibilidad de tomar a las regiones como fuente variación en el voto y se puede dar respuesta a la primera hipótesis planteada: **H_1**: Existen diferencias asociadas a las regiones en la propensión del voto presidencial en México y, por otro lado, **H_0**: No existen diferencias asociadas a las regiones en la propensión del voto presidencial en México. De acuerdo con lo anterior, no existe suficiente evidencia estadística para rechazar la hipótesis **H_0** por lo que no se puede argumentar que existen diferencias asociadas a las regiones geográficas en la propensión del voto presidencial en México. Esto también descarta el planteamiento de la siguiente hipótesis planteada, dado que, al no existir diferencias significativas, no se puede argumentar ninguna asociación con las instituciones formales e informales.

Este resultado contradice la intuición general sobre la "cartografía del voto" en México. Según Moreno (2015) y Sonnleitner (2018) existen diferencias asociadas al lugar de residencia de las personas. También existe evidencia de una regionalización en el país a partir de los niveles de vida y desarrollo económico que, a grandes rasgos, ha dividido al país en dos polos: los estados del norte, que muestran niveles de desarrollo más altos y tienden a respaldar propuestas de centroderecha, y los estados del sur, con niveles de desarrollo más bajos y afinidad con propuestas políticas de izquierda (Klesner, 1995; Magaloni, 2006; Moreno, 2015; Sonnleitner, 2018). De igual

forma Andy Baker (2009) ha demostrado otra forma de regionalización relevante que ocurre a través de las redes de comunicación política en las que las personas participan.

Esto también se puede confirmar al comparar las cifras oficiales de participación electoral presidencial en México y la estratificación primaria de LAPOP. Se puede observar que, en promedio, en las últimas cuatro elecciones presidenciales, existe una diferencia en la participación electoral presidencial de hasta 6.5 puntos porcentuales, como se muestra en la Tabla 9.

Como se mencionó en la sección anterior, se reconoce la posibilidad de un error Tipo I, como lo señala Jones (1997), debido al diseño polietápico de LAPOP. Sin embargo, el instrumento estadístico utilizado tiene en cuenta la posible dependencia que esto genera al suponer que los encuestados dentro de las Unidades Primarias de Muestreo (UPM) tienden a ser similares, un efecto esperado en la regionalización.

De acuerdo con el propósito de este trabajo y la metodología empleada, los diseños muestrales de LAPOP para México no permiten observar diferencias significativas entre regiones en relación con la propensión del voto presidencial.

Tabla 9

Cifras oficiales de participación electoral presidencial en México a partir de la estratificación de LAPOP para México. Porcentaje.

Región [a]	2000	2006	2012	2018	Promedio
Norte (1)	61.07	53.98	59.17	58.68	58.22
Centro (2)	65.85	57.42	61.16	58.69	60.78
Centro-occidental (3)	65.03	60.96	65.21	67.69	64.72
Sur (4)	60.71	57.68	66.18	67.51	63.02

[a]: En algunas jornadas se excluyen Baja California Sur, Campeche y Colima.

5.5 Resultados de los modelos relacionados a los años electorales

Los objetivos particulares relacionados a los años electorales son, primero, determinar si existe variación entre años electorales en la propensión del voto

presidencial en México y, a partir de la conclusión de este, identificar si las diferencias en la propensión a votar entre años electorales pueden explicarse por las diferencias entre las instituciones informales e informales a lo largo de las últimas cuatro elecciones presidenciales en México.

Respecto a estos objetivos, se plantean la siguiente hipótesis **H_1**: Existen diferencias asociadas a los años electorales en la propensión del voto presidencial en México y, por otro lado, **H_0**: No existen diferencias asociadas a los años electorales en la propensión del voto presidencial en México.

Bajo la misma lógica, se propuso el modelo M_{02} y se comparó con el modelo M_0 a través de la razón de verosimilitud, lo que proporciona evidencia de que la varianza entre años electorales es distinta de cero. Ver Tabla 6. En este sentido, existe evidencia para rechazar **H_0**. A partir de la validación de la hipótesis anterior, se plantea la siguiente **H_1**: Las diferencias en la propensión a votar entre años electorales están asociadas a las diferencias las instituciones informales e informales de estas regiones y, por otro lado, **H_0**: Las diferencias en la propensión a votar entre regiones no están asociadas a las diferencias las instituciones informales e informales de estas regiones.

Para responder esta hipótesis se analizan a continuación los resultados de los modelos M_3, M_4 y M_5 organizados por sus componentes institucionales. El modelo M_6 no es tomado en cuenta para la interpretación de resultados por la baja significancia general del mismo, sin embargo, es comentado por sus aspectos metodológicos en el análisis del voto.

5.5.1 Instituciones informales

5.5.1.1 Capital social cognitivo

La confianza interpersonal tiene un efecto positivo y significativo ($p < .01$) sobre la propensión al voto presidencial [23]. Este resultado es coherente con las teorías de capital social que hacen énfasis en la confianza como facilitadora de la participación (Coleman, 1987; Putnam et al., 1994; Putnam, 2000; Hardin, 2002; Durand, 2004; Ahn y Ostrom, 2008; Klesner, 2009, 2012). Sin embargo este resultado es contrario a lo que encuentra Somuano (2013), que realizan un análisis similar, con una regresión logística del voto presidencial sin efectos mixtos, con la jornada LAPOP 2010 y concluye que sólo la confianza en las elecciones reportan un efecto significativo[24]. Sin embargo, este contraste debe matizarse, ya que, al tratarse a cada jornada por separado, con las mismas variables explicativas del modelo M_5, resulta no significativo, salvo para la jornada 2017, por otro lado, si se agrupan las jornadas por años electorales, en el único año electoral en que resulta significativo ($p < .01$) es en 2012. En este mismo sentido, si todas las jornadas se agrupan y se asocian efectos para cada elección-como en el modelo M_5- entonces la confianza interpersonal se relaciona positivamente con la participación electoral, es decir, a mayor confianza entre las personas de una comunidad, es más probable que acudan a votar en elecciones presidenciales, se puede decir que, por cada unidad de diferencia en la escala de confianza de "nada confiable" a "muy confiable" la probabilidad del voto se incrementa 8%, después de controlar por las demás variables consideradas en el modelo M_5. Esto podría confirmar la teoría de que la confianza es un tipo de creencia y que ésta tiene efectos a largo

[23] Se mantienen las codificaciones originales para la pregunta it1: Ahora, hablando de la gente de aquí, ¿diría que la gente de su comunidad es? con las siguientes posibles respuestas: (1) "Muy confiable", (2) "Algo confiable", (3) "Poco confiable" y (4) "Nada confiable". Ver Tabla 10. En este sentido, el signo negativo se interpreta como un efecto positivo de la confianza.

[24] Esta variable no se tomó en cuenta por no estar disponible para las últimas cuatro elecciones presidenciales.

plazo (Yamagishi y Yamagishi, 1994; Hardin, 2002; Ahn y Ostrom, 2008)[25] y que tiene un efecto sobre la participación electoral presidencial en México.

La confianza en los partidos es significativa ($p < .001$) aunque con un impacto marginal, por cada unidad en la escala de "nada" a "mucho", la probabilidad del voto se incrementa 5%, después de controlar por las demás variables consideradas en el modelo M_5. Este hallazgo es coherente con las teorías de capital social que consideran a la confianza institucional como promotora de la participación política. Por otro lado, la confianza en el Congreso y en el presidente municipal no parecen tener un impacto en la probabilidad de votar en elecciones presidenciales en México.

5.5.1.2 Capital social estructural

El capital social asociativo o estructural dirige la participación política en México (Klesner, 2009; Somuano, 2013) y los resultados del modelo M_5 son coherentes con esta intuición. Existe un efecto diferenciando del tipo de estructura o red sobre las probabilidades de voto. La asistencia a organizaciones religiosas, el número de organismos de la sociedad civil que existen un estado y el número de donadores de sangre en un estado, no tienen efecto alguno-ver Tabla 7, modelo M_4-. Por otro lado, la asistencia a reuniones de padres de familia, a comités de mejora de la comunidad y a reuniones de un partido o movimiento político aumentan la probabilidad de una persona de votar en una elección presidencial. Estas tres redes aumentan entre el 22% y el 25% la probabilidad de voto, después de controlar por las demás variables consideradas en el modelo M_5. Estos resultados son congruentes con los obtenidos por Somuano (2013) para el caso de México.

[25] Este resultado, aunque significativo, no es definitivo por sí solo, ya que podría tener diversas causas, incluido el tamaño de la muestra. El análisis de la confianza interpersonal en estos términos va más allá del alcance de este trabajo. Sin embargo, el hallazgo de la significancia de la confianza interpersonal contribuye a la revalorización de esta como un determinante del voto presidencial en México, a largo plazo.

5.5.1.3 Actitudes políticas

El interés de una persona en la política es un factor significativo en la probabilidad de votar en elecciones presidenciales (Somuano, 2013). Aunque esta variable no se incluye en el análisis debido a limitaciones temporales, no se descarta su importancia. Como una aproximación a esta actitud política, se considera la asistencia a reuniones municipales, que puede verse como una expresión doble: por un lado, como una forma de capital estructural y, por otro lado, como un indicador del interés en la política y en los asuntos públicos de la comunidad, pero con la diferencia de que el interés de una persona en la política se materializa en la asistencia a reuniones de este tipo. En este sentido, la asistencia de una persona a reuniones municipales tiene un efecto positivo en la probabilidad del voto presidencial, de acuerdo con los resultados de la Tabla 7, una persona que acude a reuniones municipales tiene un 34% más de probabilidades de votar en una elección presidencial[26].

Por otro lado, la satisfacción con la democracia no tiene efecto alguno sobre la probabilidad de voto presidencial, un resultado congruente con Somuano (2013) que encuentra que sólo tiene efecto sobre la participación no electoral.

5.5.2 Instituciones formales

En lo que respecta a las instituciones formales, se evaluó la competitividad electoral a través del Número Efectivo de Partidos Electorales (NEPEL) a nivel de sección, municipio y estado. En ninguno de estos niveles se encontró que tuviera un impacto significativo en la probabilidad de voto presidencial. Este resultado se alinea

[26] Se mantienen las codificaciones originales para la pregunta NP1: ¿Ha asistido a un cabildo abierto u otra reunión convocada por el alcalde (jefe delegacional) durante los últimos 12 meses? Con las posibles respuestas: (1) “Sí” y (2) “No”.

con los hallazgos de Sonnleitner (2018, p. 142) que encuentra que el NEPEL tampoco tiene efectos sobre la participación electoral en elecciones legislativas intermedias.

Por otro lado, en el contexto de los modelos institucionales, se ha señalado la presencia de un fenómeno conocido como “efecto de arrastre” en el cual las elecciones de primer orden pueden influir positivamente en la participación en elecciones locales (Stockemer, 2016). No obstante, en el caso específico de México, este fenómeno no muestra un impacto discernible en las probabilidades de voto en elecciones presidenciales.

Continuando con el análisis de las instituciones formales, la participación electoral se incluye a nivel sección, municipio y estado. En todos los modelos propuestos, la participación a nivel sección y municipio resulta no tener ningún impacto sobre la probabilidad de una persona de votar en una elección presidencial. Se puede decir que no existe ninguna influencia del contexto de competencia y fragmentación electoral, a nivel sección y municipal, sobre el individuo en la propensión del voto presidencial. Un hallazgo similar al de Somuano (2013) quien encuentra que la competitividad electoral en México, en 2009-medido como la diferencia entre el primero y segundo lugar-, tampoco tiene incidencia sobre las probabilidades de voto presidencial. Estos hallazgos, para el caso de México, son congruentes también con los de Pérez-Liñán (2001) que encuentra que la competitividad distrital es un elemento no determinante en la propensión al voto.

Sin embargo, la participación electoral a nivel estado sí tiene incidencia significativa sobre la probabilidad de voto presidencial y es un resultado que debe matizarse. Al igual que la confianza interpersonal, esta variable presenta un efecto de agregación, ya que en el modelo global presenta alta significancia ($p < .001$) pero en algunas jornadas resulta no significativa. Se da un efecto temporal donde el impacto y la significancia desciende entre 2010 y 2017 para volver a subir en 2018. Un hallazgo

congruente con Sonnleitner (2018) que encuentra que a partir del 2006 la participación electoral general comienza a descender.

Si bien los tres niveles presentan promedios de participación comparables, a saber, a nivel de sección (m=61.86), municipal (m=61.73), y estatal (m=61.42), no se puede sostener que exista un efecto contextual de los niveles de sección y municipio sobre las probabilidades de voto. En otras palabras, independientemente de que el nivel de participación sea bajo o alto en estos contextos, no se registra un impacto discernible en la disposición de una persona para ejercer su voto presidencial.

En contraste, se advierte que el nivel de participación a nivel estatal sí ejerce una influencia positiva, generando un incremento de aproximadamente 13.46 puntos porcentuales en las probabilidades de voto por cada aumento del 1% en el nivel de participación estatal general. Ver Tabla 8. Por lo tanto, puede afirmarse que la movilización de otros ciudadanos para votar en elecciones presidenciales, como efecto de grupo, solo manifiesta un efecto positivo a nivel estatal[27].

5.5.3 Variables de control

Los resultados obtenidos son consistentes con el modelo de recursos del voto que tiene como principales determinantes la edad, la escolaridad, el tamaño de población y el ingreso. Este modelo parte de la premisa de que los "recursos" de las personas explican las diferencias en su propensión al voto. En general la educación y la edad tienen un efecto positivo (Smets y van Ham, 2013) así como el tamaño de la población donde vive una persona (Geys, 2006). Por su parte, el efecto del ingreso sobre el voto presenta amplia variabilidad, en el modelo de socialización se mide

[27] De acuerdo con la metodología de muestreo empleada por LAPOP, se observó que los niveles de sección y municipio incluidos en las encuestas presentan una correlación de baja magnitud (ρ=.47, p<.05), mientras que la correlación entre el nivel municipal y el nivel estatal alcanza una magnitud significativamente mayor (ρ=.73, p<.05).

indirectamente a través del ingreso de los padres demostrando un efecto positivo en algunas democracias (Smets y van Ham, 2013). Para el caso de México también los resultados son ambivalentes, Somuano (2013) encuentra que el ingreso no es un determinante importante en la participación electoral en elecciones presidenciales, sin embargo, los hallazgos de Sonnleitner (2018) demuestran que la relación ingreso-participación es fluctuante por periodos, de 1961 a 1976, los estratos inferiores tienden a registrar mayores tasas de participación para luego pasar a una relación inversa de 1994 a 2000 y periodos híbridos de 1979 a 1991 y de 2003 a 2015 (p. 110).

Los resultados obtenidos no contradicen estos trabajos, la edad tiene un impacto positivo y, por cada año adicional en la edad de una persona la probabilidad de votar en una elección presidencial aumenta 7% aproximadamente[28]. Por su parte, la escolaridad también ha mostrado un efecto positivo, aumentando en 8% la probabilidad de una persona de votar en una elección presidencial por cada año escolar adicional[29]. De acuerdo con el modelo de recursos mencionado, el tamaño de la población tiene un efecto positivo inverso, a menor tamaño de población mayor probabilidad de voto, esta dinámica se confirma en los resultados, la diferencia en la probabilidad de votar en elecciones presidenciales de una persona que vive en la Ciudad de México y el área metropolitana y una persona que vive en un área rural, es del 24%.

De acuerdo con los resultados obtenidos, el ingreso no demuestra tener un impacto sobre la participación, este hallazgo no contradice otros hallazgos para el caso de México, sin embargo, los datos de LAPOP no permiten rastrear las fluctuaciones de este comportamiento. Otro hallazgo congruente con estos modelos es el sexo, que confirma que las mujeres son más propensas a votar y, para elecciones presidenciales, tienen hasta un 30% mayor de probabilidad de votar que los hombres.

[28] Se ha supuesto una relación lineal entre participación y edad.
[29] Con un máximo de 18 años escolares.

Capítulo VI. Conclusiones

6.1 Principales hallazgos

El presente trabajo se centra en explicar la relación entre las instituciones informales e informales y el voto presidencial en México, en distintas regiones del país y para las últimas cuatro elecciones, aplicando una un modelo multinivel de efectos mixtos en distintas modalidades. Para modelar e identificar esta relación se toman como puntos de variación cuatro regiones geográficas en el país y las últimas elecciones presidenciales: 2000, 2006, 2012, y 2018. Las construcción teórica parte del Institucionalismo y de la Opinión Pública, el primero entendido como las estructuras contextuales que guían la acción (Douglas, 1996; Diermeier y Krehbiel, 2003; Dewey, 2004; North, 2006; Lowndes y Roberts, 2013) y, la segunda, como objeto de investigación desde una perspectiva metodológica empírica que permite el estudio sistemático y la recopilación de datos con el objetivo de comprender, medir y analizar las opiniones, actitudes y percepciones de una población y aplicar los hallazgos en situaciones específicas.

Dentro del Institucionalismo, se toma como punto de partida al nuevo institucionalismo que las conceptualiza no sólo como estructuras que conectan preferencias y opciones, sino también como determinantes de estas preferencias, mismas que son vistas como un conjunto de significados compartidos (Sigel et al., 1980) que dan orden, coherencia y control sobre la incertidumbre (Douglas, 1996; North, 2006). Entendidas así, las intuiciones informales corresponden a rutinas, cotidianas y mundanas, que las personas acuerdan tácitamente y siguen directa o indirectamente (Rothstein, 1996; Ostrom, 1998; North, 2006; Lowndes y Roberts, 2013; Peters, 2019). En este sentido, el capital social corresponde a este conocimiento tácito que determina un conjunto de orientaciones cognitivas y proposiciones (Stiglitz, 2000).

En este orden de ideas, el acercamiento metodológico para medir a las instituciones informales se hace a través del capital social y la cultura política. Respecto al capital social, se parte de la división ortodoxa que identifica dos componentes, uno cultural y otro estructural (Van Deth, 2003). Dentro del capital social cultural o cognitivo se consideran la confianza interpersonal y la confianza institucional en distintas formas. Por otra parte, dentro del capital social estructural se incluyen formas de asociación, entendidas como el entramado de redes sociales de una persona y estructuras subyacentes de cooperación como el número de OSC y los donadores de sangre. Respecto a la cultura política, ésta se acota a un par de actitudes políticas: la satisfacción con la democracia y la asistencia a reuniones municipales.

La segunda sección del modelo corresponde a las instituciones formales, dentro de las cuales tres aproximaciones son consideradas por tener una relación directa o indirecta con el marco normativo y la participación política presidencial, a saber, la participación electoral en tres niveles, el NEPEL en tres niveles y la concurrencia electoral.

Para completar la construcción teórica del modelo de participación aquí propuesto se toma una perspectiva meta analítica para enfrentar el problema de variables omitidas y condensar los elementos más importantes en la determinación del voto. Así, el objetivo del presente trabajo no es contrastar con otros modelos, sino aprovechar los frutos de la combinación de elementos para obtener un modelo robusto y real y aplicar una metodología específica. Existe evidencia de que, en América Latina, los modelos combinados de participación han funcionado bien en la predicción de la participación presidencial (Fornos et al., 2004).

Dado que el objetivo el presente es determinar el efecto de las instituciones informales e informales en la participación presidencial para distintas regiones y años electorales en México, se incorpora un criterio de variación relacionado con las regiones

geográficas que LAPOP emplea como UPM para el caso de México y, como segundo criterio, las últimas cuatro elecciones presidenciales. Para permitir que esto suceda, en un solo modelo, éste se resuelve a través de una regresión logística multinivel con efectos mixtos.

El primer paso es comprobar si estos criterios ofrecen alguna explicación de la varianza del voto presidencial en México. El primer criterio que se evalúa es el geográfico, el cual se descarta como fuente de análisis por no existir evidencia estadística de que la varianza entre regiones sea distinta de cero. Este primer hallazgo es relevante dado que las encuestas LAPOP, por su diseño muestral, limitan el análisis entre estas regiones, ya que las UPM que definen son excesivamente homogéneas. Sin embargo existe evidencia de una cartografía del voto en México, que asocia diferencias significativas en el voto presidencial a partir del lugar de residencia de las personas (Moreno, 2015; Sonnleitner, 2018) y este hecho también lo demuestran las cifras oficiales del voto que, sí son agrupadas bajo el mismo criterio que estas UPM se constata que la participación reporta distintos niveles para cada región (ver Tabla 9).

A pesar de que el instrumento estadístico empleado-regresión multinivel de efectos mixtos- toma en cuenta la posible dependencia entre UPM, la excesiva homogeneidad de éstas derivan en lo que Jones (1997) denomina error Tipo I, producido por el diseño muestral. En este sentido la primera hipótesis H_1 se descarta por no existir diferencias, en la propensión del voto presidencial, asociadas a las regiones geográficas de México. Esto también descarta el planteamiento de la siguiente hipótesis planteada-derivada de la primera-, puesto que, al no existir diferencias significativas, no se puede argumentar ninguna asociación con las instituciones formales e informales.

Descartado el anterior, el criterio de variación que permanece a lo largo de este trabajo es el asociado a los años electorales. Con el modelo M_{02} se demostró la

significancia estadística de esta variación ($\chi^2(1) = 34.61$, $p < .001$)[30] y, en lo sucesivo, se anidaron cuatro modelos de acuerdo con las variables especificadas. Esto permite aceptar la segunda hipótesis H_1 y afirmar que existen diferencias en la propensión del voto presidencial asociadas a los años electorales.

En los modelos multinivel con efecto mixtos M_{02}, M_3, M_4, y M_5 la pendiente permanece constante mientras que el intercepto varía, lo que supone que los efectos asociados a las variables explicativas se asumen como los mismos para cada año electoral. Esta restricción se elimina al permitir que la constante y la pendiente varíen para modelar un efecto diferenciado de las variables explicativas para cada año electoral en particular, esto se captura en el modelo M_5.

Sin embargo, en el modelo M_5 y el modelo M_6-con pendiente aleatoria- el componente de varianza (σ_{u0}^2) y los coeficientes (β) permanecieron prácticamente iguales, además de no resultar estadísticamente significativo ($\chi^2(35) = 23.87$, $p < .95$). Por esta razón todo el análisis se realiza con los resultados obtenidos del modelo M_5 que implica asumir que las variables explicativas tienen el mismo efecto para todos los años electorales, una restricción no deseable que limita el análisis, pero que el diseño muestral de los datos obliga a considerar.

La hipótesis derivada de la segunda consiste en demostrar si estas diferencias relacionadas a los años electorales están asociadas a las instituciones formales e informales. Para demostrarlo se analizan los resultados obtenidos en el modelo M_5 y los principales hallazgos, en términos de las instituciones informales, son, primero, que la confianza interpersonal está asociada positivamente con la propensión del voto presidencial, a pesar de ser desestimada en algunos modelos de voto presidencial

[30] En este caso el p-valor correcto es la mitad del obtenido de las tablas de distribución chi-cuadrado con un grado de libertad, es decir: 17.30, para más detalles sobre esta solución ver (Snijders y Bosker, 1999). Sin embargo, aún permanece significativo con $p \leq .001$.

(Somuano, 2013). Esto puede confirmar la teoría de que la confianza es un tipo de creencia y que ésta tiene efectos a largo plazo (Yamagishi y Yamagishi, 1994; Hardin, 2002; Ahn y Ostrom, 2008) y que aplica también para en la participación electoral presidencial. En el mismo sentido, la confianza en los partidos tiene un efecto positivo sobre la propensión al voto, a mayor confianza, mayor participación.

El capital social estructural demuestra tener relevancia en la determinación del voto. Sin embargo, no todos los tipos de estructuras de cooperación tienen incidencia en el voto presidencial, siendo las más determinantes las que reúnen a padres de familia y los comités de mejora comunal, que están por encima de las asociaciones con fines políticos, así, tener hijos y asistir a reuniones de padres de familia con regularidad y atender reuniones vecinales, fomenta la participación electoral presidencial. En este mismo sentido atender reuniones municipales también aumenta la participación electoral presidencial.

En lo que respecta a las instituciones formales, la participación electoral estatal es relevante en la propensión del voto presidencial, como un efecto de grupo que moviliza. Se puede decir que las estrategias y políticas que impacten en la participación estatal tienen un impacto más que proporcional en la participación electoral presidencial.

A manera de resumen, las instituciones informales como la confianza interpersonal y la confianza en los partidos políticos, así como las redes sociales arraigadas a la familia, a la comunidad y a movimientos políticos y, por otra parte, las formales como a la participación estatal como un efecto de grupo, ejerce influencia en la probabilidad del voto presidencial cuando se controlan las diferencias entre años electorales. Luego entonces, existe evidencia para rechazar la hipótesis nula H_0, originalmente derivada de la segunda hipótesis, por lo tanto, hay evidencia estadística

para demostrar que las diferencias entre años electorales sobre el voto presidencial en México están asociadas a las instituciones informales y formales.

6.2 Limitaciones y sugerencias para investigaciones futuras

La principal limitación es que los datos, por su diseño muestral, permiten un análisis pobre en términos cartográficos que desaprovecha una de las ventajas de estas bases de datos, la posibilidad de disminuir el anonimato del sufragio mediante la relación entre personas y secciones electorales. Otra limitante que se asume es que algunas variables relevantes en otros modelos del voto no están disponibles para el espacio temporal de 18 años que aquí se exige.

Adicionalmente, el modelo empleado-M_5- está sujeto a ciertas restricciones metodológicas. Este modelo multinivel con efectos mixtos de intercepto variable y pendiente fija presupone que todas las variables explicativas mantienen un impacto constante en las últimas cuatro elecciones presidenciales, a pesar de que existe evidencia de que muchas de estas variables fluctúan a lo largo de dicho periodo en el contexto mexicano (Arias et al., 2010; González de la Vega et al., 2010; Somuano, 2012, 2013; Moreno, 2015; Sonnleitner, 2018).

Estos hallazgos, sin embargo, abren la posibilidad a futuras investigaciones más específicas y robustas para abordar estas limitaciones. En particular, en lo que respecta a la confianza institucional, la perspectiva a largo plazo sugerida por los resultados actuales podría ser validada a lo largo del tiempo y en diversas divisiones geográficas, como municipios y estados, con el fin de identificar posibles efectos diferenciados.

En el mismo sentido, el notable impacto del capital social estructural sugiere un análisis diferenciado por tipo de estructura en función del tamaño de comunidad, para discernir los umbrales en los cuales se manifiestan los efectos de este tipo de redes sociales en la participación electoral. De igual forma se sugiere dimensionar, con este

mismo criterio, el impacto de la participación electoral estatal con efectos controlados por entidad federativa para ubicar efectos diferenciados sobre el voto a largo del país.

Por último, se plantea la recomendación de aprovechar las virtudes de la herramienta estadística empleada, la regresión multinivel de efectos mixtos, aplicándola a otras bases de datos. Este enfoque permite aprovechar las estructuras que surgen de la realidad empírica y analizar sus efectos de manera diferenciada. Esta sugerencia cobra especial relevancia en el ámbito de la investigación del voto, donde existe un interés marcado en la medición de los impactos cruzados a niveles superiores y atómicos en diversos contextos.

Referencias bibliográficas

Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2017). *¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. BOOKET. https://doi.org/10.21500/22563202.58

Ahn, T. K., & Ostrom, E. (2008). Social capital and collective action. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 70–100). Oxford University Press.

Antunes, R. (2010). Theoretical models of voting behaviour. *Exedra*, *4*, 145–170.

Arias, S., Portillo, H., & Ramírez, C. (2010). La influencia de variables sociodemográficas en la confianza institucional: análisis de generación, clase y región. En A. Moreno (Ed.), *La confianza en las instituciones. México en perspectiva comparada* (pp. 99–146). Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública Cámara de Diputados / LXI Legislatura.

Axelrod, R. (1984). *The evolution of cooperation*. Basic Books.

Baker, A. (2009). Regionalized Voting Behavior and Political Discussion in Mexico. En J. I. Dominguez, C. L. Lawson, & A. Moreno (Eds.), *Consolidating Mexico's Democracy: The 2006 Presidential Campaign in Comparative Perspective* (pp. 71–88). Johns Hopkins University.

Bartels, L. M. (2008). The Irrational Electorate. *Wilson Quarterly*, *32*(4), 44–50.

Bates, D., Maechler, M., Bolker, B., Walker, S., Haubo, R., Christensen, B., Singmann, H., Dai, B., Scheipl, F., Grothendieck, G., Green, P., Fox, J., Bauer, A., & Krivitsky, P. (2023). Linear Mixed-Effects Models using "Eigen" and S4. *CRAN*.

Bendor, J., Diermeier, D., Siegel, D. A., & Ting, M. M. (2011). A behavioral theory of elections. En *A Behavioral Theory of Elections*. Princeton University Press.

https://doi.org/10.23943/princeton/9780691135076.001.0001

Bertranou, J. (1995). Estructurando la política . El papel de las instituciones. *Revista Mexicana de Sociología*, *57*(1), 235–249.

Birch, S. (2018). Democratic Norms, Empirical Realities and Approaches to Improving Voter Turnout. *Res Publica*, *24*(1), 9–30. https://doi.org/10.1007/s11158-017-9380-3

Blais, A., & Achen, C. H. (2019). Civic Duty and Voter Turnout. *Political Behavior*, *41*(2), 473–497. https://doi.org/10.1007/s11109-018-9459-3

Blais, A., & Carty, R. K. (1990). Does proportional representation foster voter turnout. *European Journal of Political Research*, *18*, 167–181. https://doi.org/10.1111/J.1475-6765.1990.TB00227.X

Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, 241–258.

Bowles, S., & Gintis, H. (2002). Social capital and community governance. *Economic Journal*, *112*(483), 419–436. https://doi.org/10.1111/1468-0297.00077

Brieba, D., & Bunker, K. (2019). Voter Equalization and Turnout Bias after Electoral Reform: Evidence from Chile's Voluntary Voting Law. *Latin American Politics and Society*, *61*(4), 23–46. https://doi.org/10.1017/lap.2019.23

Buendía, J. (2000). El elector mexicano en los noventa: ¿un nuevo tipo de votante? *Política y Gobierno*, *VII*(2), 317–352.

Buendia, J., & Somuano, F. (2003). Explaining turnout in a new democracy: The 2000 presidential election in Mexico. *Política y Gobierno - Annual Meeting of the American-Political-Science-Association*, *10*.

Buendía, J., & Somuano, F. (2003). Participación electoral en nuevas democracias: La

elección presidencial de 2000 en México. *Política y Gobierno*, *10*(2), 289–323.

Bühlmann, M., & Freitag, M. (2006). Individual and contextual determinants of electoral participation. *Swiss Political Science Review*, *12*(4), 13–47. https://doi.org/10.1002/j.1662-6370.2006.tb00059.x

Cancela, J., & Geys, B. (2016). Explaining voter turnout: A meta-analysis of national and subnational elections. *Electoral Studies*, *42*, 264–275. https://doi.org/10.1016/J.ELECTSTUD.2016.03.005

Card, N. (2012). *Applied Meta-Analysis for social science research*. The Guilford Press.

Castiglione, D. (2008). Social capital as a research programme. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 177–188). Oxford University Press.

Castiglione, D., Van Deth, J. W., & Wolleb, G. (2008). Social capital's fortune: An introduction. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 1–12). Oxford University Press.

Coleman, J. S. (1987). Norms as social capital. En G. Radnitzky & P. Bernholz (Eds.), *Economic imperialism: the economic approach applied outside the field of economics* (pp. 55–133). Paragon House Publishers.

Coleman, J. S. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology*, *94*(1988), S95–S120. https://doi.org/https://www.jstor.org/stable/2780243 JSTOR

Coleman, J. S. (1993). The Impact of Gary Becker's Work on Sociology. *Acta Sociologica*, *36*(3), 169–178. https://doi.org/10.1177/000169939303600302

Coleman, J. S. (1994). *Foundations of Social Theory*. The Belknap.

Creswell, J. (2014). *Research design : qualitative, quantitative, and mixed methods*

approaches. SAGE Publications.

Dahlberg, S., & Solevid, M. (2016). Does corruption suppress voter turnout? *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, *26*(4), 489–510. https://doi.org/10.1080/17457289.2016.1223677

Dalton, R. J. (2009). *The good citizen: how a younger generation is transforming american politics*. CQ Press.

Dewey, J. (2004). *La opinión pública y sus problemas*. Ediciones Morata.

Díaz, O., Posadas, S., & Téllez, E. (2023). Dimensiones y tendencias del comportamiento electoral en México (2012-2021). En F. Patrón, O. Díaz, & L. León (Eds.), *Las elecciones intermedias en México 2021. Competencia, comportamiento y escenarios electorales* (pp. 141–186). Universidad de Guanajuato.

Diermeier, D. (2015). Institutionalism and the normative study of politics: From rational choice to behavioralism. *Good Society*, *24*(1), 15–29. https://doi.org/10.5325/goodsociety.24.1.0015

Diermeier, D., & Krehbiel, K. (2003). Institutionalism as a methodology. *Journal of Theoretical Politics*, *15*(2), 123–144. https://doi.org/10.1177/0951629803015002645

Diermeier, D., & Li, C. (2017). Electoral control with behavioral voters. *Journal of Politics*, *79*(3), 890–902. https://doi.org/10.1086/690943

Domínguez, J., & McCann, J. (1996). *Democratizing Mexico: Public Opinion and Electoral Choice*. Johns Hopkins University Press.

Douglas, M. (1996). *Cómo piensan las instituciones* (p. 202). Alianza Editorial.

Durand, V. M. (2004). *Ciudadanía y Cultura Política en México, 1993-2001* (Primera ed). Siglo XXI Editores.

Durlauf, S. (2002). Bowling Alone: a review essay. *Journal of Economic Behavior & Organization*, *47*, 259–273.

Durlauf, S., & Fafchamps, M. (2005). Social Capital. En P. Aghion & S. Durlauf (Eds.), *Handbook of Economic Growth, Volume 1B* (pp. 1640–1693). Elsevier B.V. https://doi.org/10.1016/ S1574-0684(05)01026-9

Elster, J. (2010). *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*. Gedisa Editorial.

Esser, H. (2000). *Soziologie: Spezielle Grundlagen, Band 4: Opportunitäten und Restriktionen*. Campus.

Esser, H. (2008). The two meanings of social capital. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 22–49). Oxford University Press.

Fafchamps, M. (2004). *Market institutions in Sub-Saharan Africa*. MIT Press.

Finseraas, H., Kotsadam, A., & Polavieja, J. (2022). Ancestry Culture, Assimilation, and Voter Turnout in Two Generations. *Political Behavior*, *44*(1), 201–226. https://doi.org/10.1007/s11109-020-09617-2

Fornos, C. A., Power, T. J., & Garand, J. C. (2004). Explaining Voter Turnout in Latin America, 1980 to 2000. *Comparative Political Studies*, *37*(8), 909–940. https://doi.org/10.1177/0010414004267981

Fukuyama, F. (1995). El capital social y la economía mundial. *Política Exterior*, *9*(47), 77–89. http://www.jstor.org/stable/20643850%5Cnhttp://www.jstor.org/stable/pdfplus/20643850.pdf?acceptTC=true

Garcia-Rodriguez, A., & Redmond, P. (2020). Rainfall, population density and voter

turnout. *Electoral Studies*, *64*(February), 102128. https://doi.org/10.1016/j.electstud.2020.102128

Garrido, S., & Freidenberg, F. (2020). The Power of Vote. Electoral Change and National Party System in Mexico 2018. *Política y Gobierno*, *XXVII*(2), 1–22.

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Gedisa Editorial.

Geys, B. (2006). Explaining voter turnout: A review of aggregate-level research. *Electoral Studies*, *25*(4), 637–663. https://doi.org/10.1016/j.electstud.2005.09.002

González de la Vega, A., Quintanilla, Á., & Tajonar, M. (2010). Confianza en las instituciones políticas mexicanas: ¿capital social, valores culturales o desempeño? En A. Moreno (Ed.), *La confianza en las instituciones. México en perspectiva comparada* (pp. 63–98). Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública Cámara de Diputados / LXI Legislatura.

Green, D. P., & Shapiro, I. (1994). Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science. En *Political Science Quarterly* (Vol. 110, Número 2). Yale University Press. https://doi.org/10.2307/2152378

Guiso, L., Sapienza, P., & Zingales, L. (2004). The role of social capital in financial development. *American Economic Review*, *94*(3), 526–556. https://doi.org/10.1257/0002828041464498

Hardin, R. (1998). Trust in government. En V. Braithwaite & M. Levi (Eds.), *Trust an governance* (pp. 9–27). The Russell Sage Foundation.

Hardin, R. (2002). *Trust and trustworthiness*. The Russell Sage Foundation.

Helmke, G., & Levitsky, S. (2004). Informal Institutions and Comparative Politics: A Research Agenda. *Perspectives on Politics*, *2*(4), 725–740.

Herrmann, O., Jong-A-Pin, R., & Schoonbeek, L. (2019). A prospect-theory model of

voter turnout. *Journal of Economic Behavior and Organization*, *168*(xxxx), 362–373. https://doi.org/10.1016/j.jebo.2019.10.012

Hosmer, D., Lemeshow, S., & Sturdivant, R. (2013). *Applied Logistic Regression*. Wiley.

Hunt, C. R. (2018). When does redistricting matter? Changing conditions and their effects on voter turnout. *Electoral Studies*, *54*(November 2017), 128–138. https://doi.org/10.1016/j.electstud.2018.05.007

Jackman, R. (1987). Political Institutions and Voter Turnout in the Industrial Democracies. *American Political Science Review*, *81*, 405–423. https://doi.org/10.2307/1961959

Jackman, R., & Miller, R. A. (1995). Voter Turnout in the Industrial Democracies during the 1980s. *Comparative Political Studies*, *27*, 467–492. https://doi.org/10.1177/0010414095027004001

Jager, W., Janssen, M. A., De Vries, H. J. M., De Greef, J., & Vlek, C. A. J. (2000). Behaviour in commons dilemmas: Homo economicus and Homo psychologicus in an ecological-economic model. *Ecological Economics*, *35*(3), 357–379.

Jones, K. (1997). Multilevel approaches to modelling contextuality: from nuisance to substance in the analysis of voting behaviour. En van J. M. . Amersfoort, H. J. A. Berendsen, J. G. Borchert, A. O. Kouwenhoven, H. Scholten, & P. Sijtsma (Eds.), *Places and people: multilevel modelling in geographical research*. Faculteit Ruimtelijke Wetenschappen Universiteit Utrecht.

Kim, S. Y. S., Alvarez, R. M., & Ramirez, C. M. (2020). Who Voted in 2016? Using Fuzzy Forests to Understand Voter Turnout. *Social Science Quarterly*, *101*(2), 978–988. https://doi.org/10.1111/ssqu.12777

Klesner, J. L. (1995). The 1994 Mexican Elections: Manifestation of a Divided Society?

Estúdios Mexicanos, *11*(1), 137–149.

Klesner, J. L. (2009). Who participates? Determinants of political action in Mexico. *Latin American Politics and Society*, *51*(2), 59–90. https://doi.org/10.1111/j.1548-2456.2009.00048.x

Klesner, J. L. (2012). Political Attitudes , Social Capital , and Political Participation : The United States and Mexico Compared. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, *19*(1), 29–63.

Kostelka, F., & Blais, A. (2018). The Chicken and Egg Question: Satisfaction with Democracy and Voter Turnout. *PS - Political Science and Politics*, *51*(2), 370–375. https://doi.org/10.1017/S1049096517002050

LAPOP. (2004). *The Political Culture of Democracy in Mexico 2004. Technical information* (p. 37235). LAPOP, Barómetero de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2006). *The Political Culture of Democracy in Mexico: 2006. Technical Information*. LAPOP, Barómetro de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2008). *Political Culture of Democracy in Mexico, 2008: the Impact of Governance. Technical information*. LAPOP, Barómtero de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2010). *Political Culture of Democracy in Mexico, 2010: Democratic Consolidation in the Americas during Hard Times. Technical information*. LAPOP, Barómetro de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2012). *Americas Barometer 2012: Mexico. Technical Information*. LAPOP, Barómetro de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2014). *Americas Barometer 2014: Mexico. Technical Information*. LAPOP,

Barómetro de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2017). *Americas Barometer 2016/17: Mexico. Technical Information*. LAPOP, Barómetro de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

LAPOP. (2019). *Americas Barometer 2018/19: Mexico. Technical Information*. LAPOP, Barómetro de las Américas, Universidad de Vanderbilt.

Lauth, H. J. (2000). Informal institutions and democracy. *Democratization*, *7*(4), 21–50. https://doi.org/10.1080/13510340008403683

Lin, N. (2008). A network theory of social capital. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 50–69). Oxford University Press.

Lowndes, V., & Roberts, M. (2013). Why institutions matter: the new institutionalism in political science. En *Choice Reviews Online* (Vol. 51, Número 07). Palgrave Macmillan.

Magaloni, B. (2006). *Voting for Autocracy: Hegemonic Party Survival and its Demise in Mexico*. Cambridge University Press.

March, J. G., & Olsen, J. P. (1984). The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life. *American Political Science Review*, *78*(3), 734–749. https://doi.org/10.2307/1961840

March, J. G., & Olsen, J. P. (1989). *Rediscovering institutions: the organizational basis of politics*. Free Press.

Meyer, J. W., & Rowan, B. (1977). Institutionalized Organizations: Formal Structure as Myth and Ceremony. *American Journal of Sociology*, *83*(2), 340–363. https://doi.org/10.1086/226550

Moreno, A. (2015). *El votante mexicano: Democracia, actitudes políticas y conducta*

electoral. Fondo de Cultura Económica.

Newton, K. (2008). Trust and Politics. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 241–272). Oxford University Press.

North, D. (2006). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. Fondo de Cultura Económica.

Offe, C. (1999). How can we trust our fellow citizens? En M. E. Warren (Ed.), *Democracy and trust* (pp. 42–87). Cambridge University Press.

Olson, M. (1992). La lógica de la acción colectiva. En A. Batlle i Rubio (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 203–220). Ariel.

Ostrom, E. (1998). A behavioral approach to the rational choice theory of collective action. *American Political Science Review*, *92*, 1–22.

Ostrom, E. (2000a). *El Gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*. Fondo de Cultura Económica.

Ostrom, E. (2000b). Social capital: a fad or a fundamental concept? En P. Dasgupta & I. Serageldin (Eds.), *Social Capital: A Multifaceted Perspective* (pp. 172–214). The World Bank.

Ostrom, E. (2015). *Comprender la diversidad institucional* (A. Lara, A. Chávez, & J. Fernando (eds.)). Fondo de Cultura Económica.

Ostrom, E., Ahn, T. K., & Olivares, C. (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva (A Social Science Perspective on Social Capital: Social Capital and Collective Action). *Revista Mexicana de Sociología*, *65*(1), 155. https://doi.org/10.2307/3541518

Parás, P. (2007). *Auditoría de la democracia: México 2006*. 491–512.

Paxton, P. (1999). Is social capital declining in the United States? A multiple indicator

assessment. *American Journal of Sociology*, *105*(1), 88–127.

Pérez-Liñán, A. (2001). Neoinstitutional accounts of voter turnout: Moving beyond industrial democracies. *Electoral Studies*, *20*(2), 281–297. https://doi.org/10.1016/S0261-3794(00)00019-6

Peters, G. (2019). *Institutional theory in political science*. Edward Elgar Publishing Limited.

Pioré, A. (1999). Retrospective voting, partisanship, and loyalty in presidential elections: 1994. En A. Domínguez, J. y Poiré (Ed.), *Toward Mexico's Democratization. Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*. Routledge.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone*. Simon & Schuter.

Putnam, R. D., Leonardi, R., & Nanetti, R. Y. (1994). *Para hacer que la democracia funcione. La experiencia italiana en la descentralización administrativa* (Primera ed). Editorial Galac.

Radcliff, B. (1992). The Welfare State, Turnout, and the Economy: A Comparative Analysis. *American Political Science Review*, *86*, 444–454. https://doi.org/10.2307/1964232

Rhodes, R. A. W. (2006). Old Institutionalisms. En R. A. W. Rhodes, S. A. Binder, & B. A. Rockman (Eds.), *The Oxford Handbooks of Political Institutions* (pp. 90–110). Oxford University Press.

Rothstein, B. (1996). Political Institutions : An Overview. En R. E. Goodin & H.-D. Klingemann (Eds.), *A New Handbook of Political Science* (pp. 133–166). Oxford University Press.

Rothstein, B., & Dietlind, S. (2008). Political institutions and generalized trust. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital*

(pp. 273–302). Oxford University Press.

Sanders, E. (2006). Historical institutionalism. En R. A. W. Rhodes, S. A. Binder, & B. A. Rockman (Eds.), *The Oxford Handbooks of Political Institutions* (pp. 39–55). Oxford University Press.

Schlüter, M., Baeza, A., Dressler, G., Frank, K., Groeneveld, J., Jager, W., Janssen, M. A., McAllister, R. R. J., Müller, B., Orach, K., Schwarz, N., & Wijermans, N. (2017). A framework for mapping and comparing behavioural theories in models of social-ecological systems. *Ecological Economics*, *131*, 21–35.

Shepsle, K. (1979). Institutional Arrangements and Equilibrium in Multidimensional Voting Models. *American Journal of Political Science*, *23*(1), 27. https://doi.org/10.2307/2110770

Shepsle, K. (1989). Studying institutions: Some lessons from the rational choice approach. *Journal of Theoretical Politics*, *1*(2), 131–147. https://doi.org/10.1177/0951692889001002002

Shepsle, K. (2006). Rational choice institutionalism. En R. A. W. Rhodes, S. A. Binder, & B. A. Rockman (Eds.), *The Oxford Handbooks of Political Institutions* (pp. 23–38). Oxford University Press.

Sigel, R. S., Barnes, S. H., & Kaase, M. (1980). Political action: mass participation in five western democracies. En *Political Science Quarterly* (Vol. 95, Número 3). SAGE. https://doi.org/10.2307/2150095

Smets, K., & van Ham, C. (2013). The embarrassment of riches? A meta-analysis of individual-level research on voter turnout. *Electoral Studies*, *32*(2), 344–359. https://doi.org/10.1016/j.electstud.2012.12.006

Snijders, T., & Bosker, R. (1999). *Multilevel Analysis: An Introduction to Basic and*

Advanced Multilevel Modeling. SAGE Publications.

Sok, J., Borges, J. R., Schmidt, P., & Ajzen, I. (2021). Farmer Behaviour as Reasoned Action: A Critical Review of Research with the Theory of Planned Behaviour. *Journal of Agricultural Economics*, *72*(2), 388–412. https://doi.org/10.1111/1477-9552.12408

Somuano, F. (2007). Evolución de valores y actitudes democráticos en México (1990-2005). *Foro Internacional*, *47*(4 (190)), 926–944. http://www.jstor.org/stable/27738865

Somuano, F. (2012). De por qué los mexicanos se asocian y participan en organizaciones civiles. *De por qué los mexicanos se asocian y participan en organizaciones civiles*, *52*(4), 885–909.

Somuano, F. (2013). Los efectos del capital social sobre la participación política en México. En *Política y Gobierno* (pp. 83–107).

Sonnleitner, W. (2018). *Lo que el voto se llevó. La des-composición del pacto posrevolucionario en México*. El Colegio de México. https://doi.org/10.31826/9781463236984-toc

Sonnleitner, W., Alvarado, A., & Sánchez, L. I. (2013). La paradoja mexicana: de la evaluación de la calidad técnica de las elecciones de 2012, al debate sobre la calidad del voto y a la cuestión de la legitimidad democrática. *Revista Mexicana de Derecho Electoral*, *1*(4), 369–392. https://doi.org/10.22201/iij.24487910e.2013.4.10044

Steele, F. (2019). 6.0 Regression models for binary responses. En B. University (Ed.), *LEMMA (Learning environment for multilevel methodology and applications) - Course*.

Stiglitz, J. (2000). Formal and informal institutions. En P. Dasgupta & I. Serageldin (Eds.), *Social Capital: A Multifaceted Perspective* (pp. 59–70). The World Bank.

Stockemer, D. (2016). What Affects Voter Turnout? A Review Article/Meta-Analysis of Aggregate Research. *Government and Opposition*, *52*, 698–722. https://doi.org/10.1017/gov.2016.30

Tavares, A. F., & Raudla, R. (2018). Size, density and small scale elections: A multi-level analysis of voter turnout in sub-municipal governments. *Electoral Studies*, *56*, 1–13. https://doi.org/10.1016/j.electstud.2018.09.001

Ugalde, N., & Balbastre, F. (2013). Investigación Cuantitativa E Investigación Cualitativa: Buscando Las Ventajas De Las Diferentes Metodologías De Investigación. *Revista de Ciencias Económicas*, *31*(2), 179–187.

Uslaner, E. M. (2003). Trust, Democracy and Governance: Can Government Policies Influence Generalized Trust? En M. Hooghe & D. Stolle (Eds.), *Generating Social Capital: civil society and institutions in comparative perspective* (pp. 171–190). Palgrave Macmillan.

Uslaner, E. M. (2008a). Trust as a moral value. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 101–121). Oxford University Press.

Uslaner, E. M. (2008b). Where you stand depends upon where your grandparents sat: The inheritability of generalized trust. *Public Opinion Quarterly*, *72*(4), 725–740. https://doi.org/10.1093/poq/nfn058

Valdés, L. (2021). Cien años de reformas políticas y electorales. En L. Valdés (Ed.), *Cien años del sistema electoral mexicano: continuidad y cambio* (pp. 1–76). Instituto Electoral del Estado de México, Centro de Formación y Documentación Electoral.

Van Deth, J. W. (2003). Measuring social capital: orthodoxies and continuing controversies. *International Journal of Social Research Methodology: Theory and Practice*, *6*(1), 79–92. https://doi.org/10.1080/13645570305057

Van Deth, J. W. (2008). Measuring social capital. En D. Castiglione, J. W. Van Deth, & G. Wolleb (Eds.), *The handbook of social capital* (pp. 150–176). Oxford University Press.

Verba, S., Schlozman, K., & Brady, H. (1995). *Voice and equality: civic voluntarism in american politics*. Harvard University Press.

Vergara, R. (1997). "El redescubrimiento de las instituciones": de la teoría organizacional a la ciencia política. En *El redescubrimiento de las instituciones. La base organizativa de la política*. Fondo de Cultura Económica.

Welzel, C., Inglehart, R., & Deutsch, F. (2005). Social capital, voluntary associations and collective action: which aspects of social capital have the greatest 'civic' payoff? *Journal of Civil Society*, *1*(2), 121–146. https://doi.org/10.1080/17448680500337475

Williamson, O. (2000). The New Institutional Economics:Taking Stock, Looking Ahead. *Journal of Economic Literature*, *XXXVIII*(September), 595–613.

World Bank. (2015). *World Development Report 2015: Mind, Society, and Behavior*. World Bank. https://doi.org/10.1596/978-1-4648-0342-0

Yamagishi, T., & Yamagishi, M. (1994). Trust and commitment in the United States and Japan. *Motivation and emotion*, *18*(2), 129–164.

Anexo

Tabla 10

Listado de variables con preguntas y codificaciones. LAPOP: 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019

Variable	Pregunta y codificación
	Variable dependiente
Participación electoral individual	VB2. ¿Votó en las pasadas elecciones presidenciales del [2000, 2006, 2012, 2018]? (1) "Sí votó" y (2) "No votó"
	Variables independientes
	Capital social cognitivo
Confianza interpersonal	IT1. Ahora, hablando de la gente de aquí, ¿diría que la gente de su comunidad es ..? (1) "Muy confiable", (2) "Algo confiable", (3) "Poco confiable (4) "Nada confiable" y (8) "No sabe/ no recuerda"
Confianza en el Congreso	B13. ¿Hasta qué punto tiene confianza en el Congreso? 1-7= "Nada" a "mucho", 8= "No sabe/ no recuerda"
Confianza en los partidos	B21. ¿Hasta qué punto tiene confianza en los partidos políticos? 1-7= "Nada" a "mucho", 8= "No sabe/ no recuerda"
Confianza en el presidente municipal	B32: ¿Hasta qué punto tiene usted confianza en su municipio /Presidente Municipal? 1-7= "Nada" a "mucho", 8= "No sabe/ no recuerda"
	Capital social estructural
Asociación religiosa	CP6: ¿Reuniones de alguna organización religiosa? ¿Asiste…

Tabla 10

Listado de variables con preguntas y codificaciones. LAPOP: 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019

Variable	Pregunta y codificación
	(1) "Una vez a la semana", (2) "Una o dos veces a la semana", (3) "Una o dos veces al año" y (4) "Nunca". (8) "No sabe/ no recuerda"
Asociación de padres de familia	CP7: ¿Reuniones de una asociación de padres de familia del o colegio? ¿Asiste…
	(1) "Una vez a la semana", (2) "Una o dos veces a la semana", (3) "Una o dos veces al año" y (4) "Nunca". (8) "No sabe/ no recuerda"
Comité de mejora de la comunidad	CP8: ¿Reuniones de un comité o junta de mejoras para la comunidad? ¿Asiste…
	(1) "Una vez a la semana", (2) "Una o dos veces a la semana", (3) "Una o dos veces al año" y (4) "Nunca". (8) "No sabe/ no recuerda"
Partido o movimiento político	CP13: ¿Reuniones de un partido político?
	(1) "Una vez a la semana", (2) "Una o dos veces a la semana", (3) "Una o dos veces al año" y (4) "Nunca". (8) "No sabe/ no recuerda"
OSC por estado	Número de Organizaciones de la Sociedad Civil por entidad, por cada 100,000 habitantes
Donantes de sangre por bancos disponibles	Número de donantes de sangre a nivel estatal en función de los bancos disponibles en cada entidad
Donantes de sangre por habitantes	Número de donantes de sangre a nivel estatal por cada 100,000 habitantes
	Actitudes políticas
Satisfacción con la democracia	PN4. En general, ¿diría que está satisfecho, muy satisfecho, insatisfecho o muy insatisfecho con la forma en que la democracia funciona en México?

Tabla 10

Listado de variables con preguntas y codificaciones. LAPOP: 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019

Variable	Pregunta y codificación
	(1) “muy satisfecho”, (2) “satisfecho”, (3) “insatisfecho” y (4) “muy insatisfecho”. (8) “No sabe/ no recuerda”
Asistencia a reunión municipal	NP1 ¿Ha asistido a un cabildo abierto u otra reunión convocada por el alcalde (jefe delegacional) durante los últimos 12 meses? (1) “Sí” y (2) “No”. (8) “No sabe/ no recuerda”
	Instituciones formales
Participación electoral presidencial de la sección	Porcentaje de participación electoral presidencial de la sección electoral del encuestado.
Competitividad electoral a nivel sección	Número Efectivo de Partidos Electorales (NEPEL) a nivel sección: $NEPEL = {}^{1}/_{\sum Pn^2}$. Donde *Pn* es el porcentaje de votos obtenido para cada partido, en cada sección para las elecciones presidenciales del 2000, 2006, 2012 y 2018
Participación electoral presidencial del municipio	Porcentaje de participación electoral presidencial en el municipio del encuestado.
Competitividad electoral a nivel municipio	Número Efectivo de Partidos Electorales (NEPEL) a nivel municipio:$NEPEL = {}^{1}/_{\sum Pn^2}$. Donde *Pn* es el porcentaje de votos obtenido para cada partido, en el municipio para las elecciones presidenciales del 2000, 2006, 2012 y 2018
Participación electoral presidencial en el estado	Porcentaje de participación electoral presidencial en la entidad federativa del encuestado.
Competitividad electoral a nivel estatal	Número Efectivo de Partidos Electorales (NEPEL) en la entidad: $NEPEL = {}^{1}/_{\sum Pn^2}$.

Tabla 10

Listado de variables con preguntas y codificaciones. LAPOP: 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2017 y 2019

Variable	Pregunta y codificación
	Donde *Pn* es el porcentaje de votos obtenido para cada partido, en la entidad, para las elecciones presidenciales del 2000, 2006, 2012 y 2018
	Variables de control
Edad	Q2: ¿Cuál es su edad en años cumplidos? _____ años
Sexo	Q1: Sexo: (1) "Hombre" y (2) "Mujer"
Escolaridad	ED: ¿Cuál fue el último año de enseñanza que aprobó?
Ingreso	Q10: ¿En cuál de los siguientes rangos se encuentran los ingresos familiares mensuales de esta casa, incluyendo las remesas del exterior y el ingreso de todos los adultos e hijos que trabajan?
Tamaño de localidad	Tam: Tamaño del lugar (1) "Capital nacional" (área metropolitana) (2) "Ciudad grande" (3) "Ciudad mediana" (4) "Ciudad pequeña" (5) "Área rural"

5555555_599_061_898719